

Número 224
Marzo 2022

HERALDOS DEL ANGELIO



*Tiempo favorable
para la conversión*

Pureza invitadora e irradiante

*S*an Casimiro era tan casto que comunicaba a los demás el deseo de ser puros. Es hermoso este hecho, porque a menudo nos encontramos con personas puras, pero a quienes la Providencia no le ha dado el don de hacer comunicativa su pureza. Se sabe que son puros, se les admira, se les rinde homenaje, mas su virtud no es comunicativa.

Ahora bien, una de las mejores formas de hacer apostolado es tener esa virtud comunicativa que pasa de una persona a otra como por osmosis. Y la castidad comunicativa es un don enormemente precioso para hacer apostolado.

Sin embargo, como Dios está airado con el mundo, dones como ese se vuelven rarísimos. Por eso necesitamos recurrir a un San Casimiro, del siglo XV, para comprender qué es la pureza invitadora e irradiante, la cual atrae a las personas hacia la virtud que es lo contrario de la impureza, de la volubilidad también conquistadora, que arrastra hacia el mal.

La virtud que arrastra hacia el bien es algo poco visto en nuestros días y, no obstante, da mucha gloria a la Santísima Virgen.

Plínio Corrêa de Oliveira



Ccoox csc (CC by-sa 3.0)

San Casimiro - Convento de las Hermanas Felicianas, Indiana (EE. UU.)

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XX, número 224, Marzo 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		<i>El hombre ambiciona la divinidad, Dios se sujetó a la humanidad</i>	
Conversación y conversión (Editorial)	5		<i>El premio de los que tienen fe</i>	
	<i>La voz de los Papas – Miembros vivos de la Iglesia</i>	6		<i>Heraldos en el mundo</i>
	<i>Comentario al Evangelio – Divina lección de combate al mal</i>	8		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i>
	<i>Más acerca de la paz: ¿cómo alcanzarla?</i>	14		<i>Historia para niños... – Una deliciosa sopa... ide piedra!</i>
	<i>El tribunal de la misericordia</i>	20		<i>Los santos de cada día</i>
	<i>Ayuno y abstinencia</i>	22		<i>Polvo, ceniza y nada</i>
	<i>Una oración, para mover el Corazón de María</i>	24		
	<i>San Nicolás de Flüe – Espectáculo para los ángeles y para los hombres</i>	28		



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

TESTIMONIOS QUE ESTIMULAN NUESTRA FE

Leyendo los comentarios que hacen los lectores en la revista *Heraldos del Evangelio*, que he recibido hace unas horas, me gustaría enviarles uno para que sea publicado, no por vanidad, sino para que otros sepan todo el bien que hacen los Heraldos con una de sus tantas formas de evangelizar.

Al leer en la sección *Sucedió en la Iglesia y en el mundo* la noticia: *La lava del Cumbre Vieja respeta a la Virgen de Fátima*, y asimismo leyendo los testimonios de la sección *Luces de la intercesión de Dña. Lucilia*, no puedo más que impactarme y concluir que todo parte de la fe con que se pide o se ofrece algo para recibir alguna gracia.

El párroco de Las Manchas y los mencionados testimonios esperaron a que, por mediación de la Virgen y de Dña. Lucilia, se cumpliera lo que tanto anhelaron. «Si tuvierais fe como un grano de mostaza...» (cf. Mt 17, 20), nos dice Jesús. En ellos estaba ese granito y fueron dignos de recibir lo que pidieron. El bien que me hicieron es impagable.

*Norma Eliana Riquelme Santibáñez
Lota – Chile*

LAS SEÑALES DE DIOS SON COMMOVEDORAS

Leí con mucho gusto una referencia a uno de los episodios más commovedores de la vida de San Juan Bosco, en la revista *Heraldos del Evangelio* de diciembre de 2021, en el artículo de fondo de Mons. João Scognamiglio Clá Días. Don Bosco, quebrado por la edad y por el duro trabajo de una vida dedicada a los jóvenes pobres, todavía tuvo que embarcarse en la construcción de la basílica del Sagrado Corazón de Jesús, de Roma, para corres-

ponder a la insistente petición del Santo Padre. Tras la inauguración, días después, al rezar la Santa Misa en un altar lateral, fue asumido por una enorme emoción y lloró copiosamente en varios momentos de la celebración. Vio su vida, como en una pantalla, y se acordó de la frase que la Virgen le había dicho en el sueño de los 9 años: «A su momento lo entenderás todo».

Es curioso que el día en que estoy leyendo ese artículo se cumplen ciento ochenta años del encuentro de Don Bosco con su primer alumno, Bartolomé Garelli, el 8 de diciembre de 1841, fiesta de la Inmaculada Concepción.

Las señales de Dios son commovedoras, siempre que las interpretemos con el corazón.

*Diác. Joaquín Antunes
Marques Pereira, SDB
Lisboa – Portugal*

EL ESPÍRITU DA UN AIRE NUEVO A LA IGLESIA, SIN DESVINCULARLA DE SU DOCTRINA

Me gustaría dejarles un mensaje sobre el *Editorial* del pasado enero, donde se conmemoraba los veinte años de la revista *Heraldos del Evangelio*.

Ciertamente Jesús dijo: «Hago nuevas todas las cosas», pero también dijo: «No he venido a abolir la Ley, sino a darle plenitud». De hecho, el Espíritu le da un aire nuevo a la Iglesia, pero jamás la desvinculará de su doctrina y tradición. Y los Heraldos son, realmente, esa «nueva cara» con el espíritu antiguo de defender la indisoluble Iglesia fundada por Nuestro Señor y, por eso, han atraído a tantos, no sólo a regresar a la Iglesia y a la piedad católica, sino también al verdadero deseo y búsqueda de la santidad. ¡Que más almas sean alcanzadas por este carisma maravilloso de los Heraldos del Evangelio!

*Carolina de Fátima de Rizzo
São Bernardo do Campo – Brasil*

AUNQUE TENÍA MIS RESERVAS...

Como entusiasta de la vida intelectual, estoy impresionado, edición tras edición, con la riqueza del material puesto a disposición por todos los miembros de los Heraldos del Evangelio. Aunque tenía mis reservas en relación con la institución, le di un voto de confianza y estoy sorprendido, mes a mes, con todo el ardor apostólico de estos hombres y mujeres. Son verdaderos «heraldos» del Evangelio, preocupados en dar apoyo espiritual e intelectual a personas de toda índole.

*Bernardo Jedar
Via revista.arautos.org*

ESCRIBO DESDE ANGOLA

Querría felicitarles por el contenido rico y lleno de fe de su revista. Les escribo desde Angola. Me sedujó a la primera. Encontré y leí el núm. 42, de junio de 2005... Espero tener más revistas en nuestra casa y parroquia.

*Charles Ndeitunga
Omuipanda – Angola*

EL MEJOR REMEDIO PARA EL MUNDO

Leyendo la edición núm. 222, del pasado enero, me encanté con la contracubierta: ¡qué bellísima oración y perfecta unión de alma de Santa Juana de Chantal con su guía espiritual y fundador!

En *Infalible socorro materno*, vi a nuestra querida intercesora, siempre socorriendo a quienes con fe acuden a ella. Hermosa materia que hará que más personas conozcan y se beneficien de su providencial auxilio materno.

En tiempo de tantas angustias e incertidumbres, no hay mejor remedio para el mundo que conocer la maternal protección de la Virgen. Verdadera obra de caridad, contemplada en *Heraldos en el mundo*. ¡Muchas gracias, Heraldos del Evangelio!

*Claudia Rocha Paim
Via revista.arautos.org*

CONVERSACIÓN Y CONVERSIÓN

A la hora de la brisa vespertina, Adán hablaba con Dios en el paraíso (cf. Gén 3, 8). Creado a su imagen y semejanza, el hombre se dirigía a Él por medio del diálogo, con toda la admiración y la confianza de un hijo. La Sagrada Escritura no registra esos coloquios, pero podemos imaginar cuán sublimes serían. Y era tanta la importancia que el Altísimo le daba al lenguaje oral, que quiso hacer partícipe al hombre de su obra creadora confiándole el encargo de ponerle nombre a los animales (cf. Gén 2, 19-20).

Sin embargo, por la palabra también la serpiente enredó a nuestros primeros padres, los cuales recibieron, como castigo por el pecado, el mandato divino de retornar a la tierra de donde se habían originado: «Con grandes fatigas sacarás de ella el alimento mientras vivas» (Gén 3, 17). Luego apremiaba una penitencia cotidiana como un modo de conversión a la primavera espiritual perdida.

Como se sabe, el origen de la palabra *conversión* se refiere a un completo retorno. Con esta denotación, se puede decir que el primer hombre debería regresar a Dios por medio de las agruras de la tierra, incluso porque él es polvo y al polvo ha de volver (cf. Gén 3, 19).

Durante la historia del pueblo elegido, Dios lo mantenía siempre atento a su alianza (cf. Gén 17, 4), invitándolo al constante «retorno» a Él y amenazándolo si prevaticaba: «Sólo a vosotros he escogido de entre todas las tribus de la tierra. Por eso os pediré cuentas de todas vuestras transgresiones» (Am 3, 2).

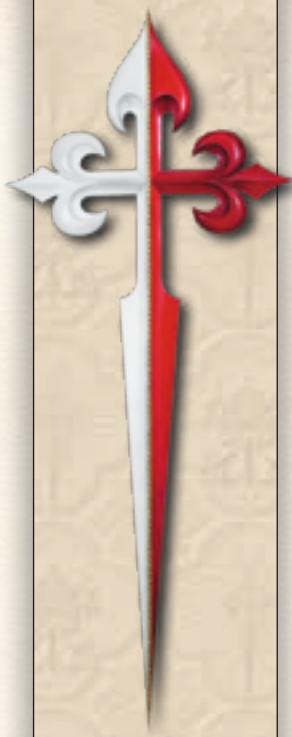
Desde el principio de su predicación, Jesús también invitó a sus oyentes a la conversión, entendida como un completo cambio de mentalidad: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos» (Mt 4, 17). No obstante, para llegar a ser un auténtico cristiano no bastaba una entrega inicial solamente. Quiso el Redentor firmar una alianza con sus discípulos a través de la convivencia, en especial por medio de la conversación. No sin motivo, la palabra *conversión* tiene la misma raíz que *conversación*: conversar también es un «volverse», específicamente hacia un interlocutor. Durante sus coloquios, Jesús enseñaba valiéndose de parábolas, solucionaba problemas, amonestaba a sus oyentes; en fin, indicaba que la conversión es un ejercicio cotidiano de relación «conversada» con Él.

La más extraordinaria de las conversiones demuestra el significado de ese «retorno»: Saulo tuvo que ser literalmente arrojado al suelo a fin de que abriera los ojos hacia aquel que antes perseguía; aunque su conversión sólo se consumó mediante la «conversación», es decir, por su íntima relación con el Salvador (cf. Gál 1, 12). Así pues, según revelaciones privadas dignas de consideración, Pablo estuvo tres años en el desierto conviviendo diariamente con el divino Maestro antes de convertirse en el Apóstol de las gentes.

Entonces podemos concluir que Dios ciertamente desea nuestro ayuno, pero éste no sirve de nada si «devoramos» (cf. Gál 5, 15) al prójimo con palabras mordaces. Ansia también nuestro arrepentimiento, y anhela verlo traducido en un continuo cambio de vida, que fructifique en buenas obras. Además, espera de nosotros el silencio, no como un modo de «retorno» a nosotros mismos —o sea, una «introsoción»—, sino más bien para dirigir nuestros corazones al confiado diálogo con Él. Quiere, finalmente, la penitencia como forma de retornar a la tierra y reparar el pecado, pero sin que ello impida elevar nuestra mirada al Cielo. De hecho, en la patria definitiva ya no habrá necesidad de conversión, pues allí conversaremos eternamente con el Creador. ♦

Confesión en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Foto: Thiago Tamura Nogueira





Miembros vivos de la Iglesia

No basta ser contados en la Iglesia de Cristo, es preciso ser miembros vivos de ésta en espíritu y en verdad. Y lo son solamente los que están en gracia de Dios y caminan continuamente en su presencia, sea por la inocencia, sea por la penitencia sincera y eficaz.

La Iglesia, fundada por el Salvador, es única para todos los pueblos y para todas las naciones; y bajo su bóveda, que cobija, como el firmamento, al universo entero, hallan puesto y asilo todos los pueblos y todas las lenguas, y pueden desarrollarse todas las propiedades, cualidades, misiones y cometidos, que han sido señalados por Dios, Creador y Salvador, a los individuos y a las sociedades humanas.

El corazón materno de la Iglesia es tan generoso que ve en el desarrollo de tales peculiaridades y cometidos particulares, conforme al querer de Dios, más la riqueza de la variedad que el peligro de escisiones: se goza con el elevado nivel espiritual de los individuos y de los pueblos, descubre con alegría y santo orgullo materno en sus genuinas actuaciones los frutos de educación y de progreso, que bendice y promueve siempre que lo puede hacer en conciencia. Pero sabe también que a esta libertad le han sido señalados límites por disposición de la Divina Majestad, que ha querido y ha fundado esta Iglesia como unidad inseparable en sus partes esenciales.

El que atenta contra esta intangible unidad quita a la Esposa de Cristo una de las diademas con que Dios mismo la ha coronado; somete el edificio divino, que descansa en cimientos eter-

nos, a la revisión y a la transformación por parte de arquitectos a quienes el Padre celestial no ha concedido poder alguno. La divina misión que la Iglesia cumple entre los hombres y debe cumplir por medio de hombres, puede ser dolorosamente oscurecida por el elemento humano, quizás demasiado humano que en determinados tiempos vuelve a retorcer, como la cizaña en medio del trigo del Reino de Dios. El que conozca la frase del Salvador acerca de los escándalos y de quienes los dan, sabe cómo la Iglesia y cada individuo deben juzgar sobre lo que fue y es pecado. [...]

Deber de armonizar la conducta con la ley de Dios y la Iglesia

En Nuestra encíclica sobre el sacerdocio y en la Acción Católica he-

mos llamado insistenteamente la atención de todos los pertenecientes a la Iglesia —y particularmente la de los eclesiásticos, religiosos y seglares, que colaboran en el apostolado— acerca del sagrado deber de poner su fe y su conducta en aquella armonía exigida por la ley de Dios y reclamada con incansable insistencia por la Iglesia. También hoy Nos repetimos con gravedad profunda: no basta ser contados en la Iglesia de Cristo, es preciso ser en espíritu y en verdad miembros vivos de esta Iglesia. Y lo son solamente los que están en gracia de Dios y caminan continuamente en su presencia, o por la inocencia o por la penitencia sincera y eficaz.

Si el Apóstol de las Gentes, el vaso de elección, sujetaba su cuerpo al látilo de la mortificación, no fuera que, después de haber predicado a los otros (cf. 1 Cor 9, 27), fuese él reprobado, ¿habrá, por ventura, para aquellos en cuyas manos está la custodia y el incremento del Reino de Dios, otro camino que el de la íntima unión del apostolado con la santificación propia?

Sólo así se demostrará a los hombres de hoy, y en primer lugar a los detractores de la Iglesia, que la sal de la tierra y la levadura del cristianismo no se ha vuelto ineficaz, sino que es poderosa y capaz de renovar espiritualmente y rejuvenecer a los que es-

Los católicos que se atengan a los preceptos de Dios y de la Iglesia pueden ser ejemplo para un mundo enfermo y, así, evitar una catástrofe

tán en la duda y en el error, en la indiferencia y en el descarrío espiritual, en la relajación de la fe y en el alejamiento de Dios, de quien ellos —lo admitan o lo nieguen— están más necesitados que nunca.

La auténtica reforma fluye de la integridad personal

Una cristiandad en la que todos los miembros vigilen sobre sí mismos, que deseche toda tendencia a lo puramente exterior y mundano, que se atenga seriamente a los preceptos de Dios y de la Iglesia y se mantenga, por consiguiente, en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo, podrá y deberá ser ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo, que busca sostén y dirección, si es que no se quiere que sobrevenga una enorme catástrofe o una decadencia indescriptible.

Toda reforma genuina y duradera ha tenido propiamente su origen en el santuario, en hombres inflamados e impulsados por amor de Dios y del prójimo, los cuales, gracias a su gran generosidad en corresponder a cualquier inspiración de Dios y a ponerla en práctica ante todo en sí mismos, profundizando en humildad y

con la seguridad de quien es llamado por Dios, llegaron a iluminar y renovar su época.

Donde el celo de reformas no derivó de la pura fuente de la integridad personal, sino que fue efecto de la explosión de impulsos pasionales, en vez de iluminar oscureció, en vez de construir destruyó, y fue frecuentemente punto de partida para errores todavía más funestos que los daños que se quería o se pretendía remediar. [...]

El abandono exterior de la Iglesia es inconciliable con la fidelidad interior a ella

En vuestras regiones, Venerables Hermanos, se alzan voces, en coro

Los hombres que, impulsados por amor de Dios, corresponden con generosidad a las inspiraciones celestiales, iluminan y renuevan su época

cada vez más fuerte, que incitan a salir de la Iglesia. [...]

Cuando el tentador o el opresor se le acerque con las traidoras insinuaciones de que salga de la Iglesia, entonces no habrá más remedio que oponerle, aun a precio de los más graves sacrificios terrenos, la palabra del Salvador: «Apártate de mí, Sátanas, porque está escrito: al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto» (Mt 4, 10; Lc 4, 8).

A la Iglesia, por el contrario, deberá dirigirle estas palabras: «¡Oh tú, que eres mi madre desde los días de mi infancia primera, mi fortaleza en la vida, mi abogada en la muerte, que la lengua se me pegue al paladar si yo, cediendo a terrenas lisonjas o amenazas, llegase a traicionar las promesas de mi bautismo!».

Finalmente, aquellos que se hicieron la ilusión de poder conciliar con el abandono exterior de la Iglesia la fidelidad interior a ella, advierten la severa palabra del Señor: «El que me negare delante de los hombres, será negado ante los ángeles de Dios» (Lc 12, 9). ♦

Fragmentos de: PÍO XI.
Mit Brennender Sorge, 14/3/1937.



Pío XI con obispos católicos orientales, con ocasión del 1600 aniversario del Concilio de Nicea
Basílica de San Pedro

Reproducción

Detalles de las «Tentaciones de Cristo», por Sandro Botticelli
Capilla Sixtina, Vaticano



Fotos: Reproducción

EVANGELIO

En aquel tiempo,¹ Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando² durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días estuvo sin comer y, al final, sintió hambre.³ Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan». ⁴Jesús le contestó: «Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre”».

⁵Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo⁶ y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. ⁷Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo».

⁸Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”».

⁹Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del

Templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo,¹⁰ porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te cuiden”,¹¹ y también: “Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra”».

¹²Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”».

¹³Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión (Lc 4, 1-13).

Divina lección de combate al mal

Modelo supremo de victoria sobre los infiernos,
Nuestro Señor Jesucristo nos enseña cómo pasar
incólumes por las tentaciones, sin arriesgarnos con
discusiones inútiles con el demonio.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – MISTERIOSAS PARADOJAS EN LA VIDA DEL SALVADOR

La vida de Nuestro Señor Jesucristo está llena de misteriosos contrastes. Siendo Él mismo Dios, Creador de todo el universo, escogió para sí a la más hermosa, la más pura, la más perfecta de las madres, María Santísima; sin embargo, quiso nacer en una pobre e insignificante cueva y tener por cuna el comedero de donde se alimentaban los animales.

A su entrada en este mundo, los Cielos se manifestaron de manera portentosa, por medio de los ángeles que aparecieron cantando: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14 Vulg.). No obstante, los habitantes de Belén les negaron posada a los padres del Salvador, enajenándose de tal maravilla. De los alrededores de la ciudad de David, únicamente los pastores acudieron al pesebre para adorarlo.

Más tarde, el Niño Jesús fue homenajeado por los Magos provenientes de regiones lejanas, de quienes recibió ricos obsequios. Pero poco después tuvo que huir a Egipto, porque Herodes quería matarlo... Cuando por fin pudo regresar a Israel, se estableció en la pequeña Nazaret, donde estuvo treinta años conviviendo en la intimidad con la Virgen y San José.

Ya de adulto, al ser bautizado en el Jordán los Cielos nuevamente lo exaltaron; Juan vio bajar

sobre Él el Espíritu en forma de paloma y se oyó la voz del Padre: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (Mc 1, 11). Tras ese momento de gloria, que a ojos humanos parecería ideal para inaugurar una misión pública, el divino Maestro, por el contrario, se dirigió al desierto en solitario, donde permaneció cuarenta días.

Su retiro en el yermo nos enseña divinas lecciones de combate al mal, así como nos invita a meditar en las gracias que Jesús nos compró entonces, con vistas a nuestra perseverancia. La liturgia de hoy constituye una óptima oportunidad para profundizar en este atrayente aspecto de la vida del Redentor, pues la Cuaresma es tiempo no sólo de penitencia, sino también de recordar, con gratitud, los beneficios que de él recibimos.

II – CUARENTA DÍAS EN EL DESIERTO, POR AMOR A NOSOTROS

San Lucas, al concluir el segundo capítulo de su Evangelio, sintetiza en una sola frase el período transcurrido desde la discusión de Nuestro Señor con los doctores de la ley en el Templo, cuando tenía 12 años, hasta el momento de su Bautismo: «Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 52).

En el episodio que contemplamos en este primer domingo de Cuaresma, encontramos al Salvador en la plenitud de la edad, «unos treinta años»

*El retiro
del divino
Maestro
nos lleva a
meditar en
las lecciones
de combate al
mal y en las
gracias que
Él nos compró
con vistas
a nuestra
perseverancia*

Al pasar por tentaciones, Nuestro Señor quiso mostrarnos cuál debe ser nuestra actitud ante ellas, como verdaderos discípulos suyos

(Lc 3, 23); por lo tanto, con el físico y las facultades intelectuales desarrolladas y, en su naturaleza humana, en una relación con el Espíritu Santo más intensa todavía que cuando era niño. Valiéndose de la libertad inherente a la misma naturaleza, durante aquellas décadas había ido adecuando sus gestos, actitudes, palabras y pensamientos a la visión beatífica, en la cual siempre estuvo su alma, de manera que la divinidad resplandecía cada vez más en su cuerpo y éste se volvía cada vez más capaz de reflejar a Dios.

Ciertamente presentía las ocasiones de gran conmoción que se darían con la difusión de la Buena Nueva en Israel, cuando «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo» (Hch 10, 38) a través de predicaciones, milagros y consejos. Aunque el recogimiento fuera el estado habitual en el hogar de la Sagrada Familia, donde los quehaceres no absorbían las atenciones en detrimento de lo sobrenatural, por amor a nosotros Jesús prefirió dejar a su Santísima Madre, ausentándose de la tranquila y elevada morada de Nazaret, para sumergirse en el silencio y en la soledad del desierto.

Docilidad extraordinaria, amor supremo

En aquel tiempo, ¹Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando...

El desierto de Judea, además del aspecto desolador propio a las zonas áridas posee un paisaje accidentado, en aquella época solitario, donde se ven montes, colinas y valles profundos, con nu-



Detalle de las «Tentaciones de Cristo», por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia; abajo, desierto de Judea (Israel)

merosos recovecos en los que se refugiaban serpientes, hienas y leones, entre otros animales salvajes. Como suele suceder en esas regiones, la temperatura cae de manera acentuada por la noche y Nuestro Señor padeció sucesivamente largas horas de frío y jornadas de calor abrasador. Quizá también le haya molestado la lluvia en ese período, pese a ser un fenómeno raro allí.

A lo largo de casi seis semanas, el Salvador estuvo desplazándose por aquellos parajes arenosos, ora deteniéndose ante un peñasco, ora sentándose en una piedra, ora poñiéndose de rodillas y levantando los brazos en oración, con la mirada hacia el Cielo; sin duda siempre so-

lemne, grave, en continua contemplación.

Conviene destacar el término empleado por el evangelista al indicar la acción del Paráclito para con Jesús: «el Espíritu lo fue llevando». No en calidad de Verbo eterno, sino como hombre, se dejó guiar con docilidad extraordinaria y amor supremo, mostrándonos cuál debe ser nuestra actitud como discípulos suyos. Así, la consideración de este primer versículo nos sugiere una oración: «¡Oh divino Espíritu Santo, guía nuestras almas! Rompe, si necesario fuera, todas nuestras resistencias interiores. Haznos atentos, amorosos, fieles, entusiasmados. ¡Condúcenos, como a Jesús, a una perfección cada vez más divina!».

La tentación no es síntoma de crisis espiritual

² ... durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días estuvo sin comer y, al final, sintió hambre.

Por un error frecuente, nos quedamos con la idea de que la acción del demonio en ese momento de la vida de Nuestro Señor se limitó a esas tres sugerencias descritas por los evangelistas. El texto de San Lucas, sin embargo, nos revela algo muy diferente y en él se apoyan los exégetas para afirmar que el Redentor estuvo a merced de constantes asaltos diabólicos «durante cuarenta días», de los cuales la triple tentación constituyó el desenlace.

Arquetipo en materia de penitencia, Jesús hizo ayuno absoluto, como ni siquiera San Juan Bautista había osado hacerlo en su admirable rigor. Sin duda, estuvo sustentado por un milagro que le impidió desfallecer por la falta de alimento, pero no le alivió los sufrimientos del hambre. Una importante lección para nosotros, sobre todo en estos tiempos en los que la ascensión parece haber desaparecido de la faz de la tierra. La mortificación, además de reavivar el recuerdo del pecado original y de las faltas personales, llamando nuestra atención hacia la gravedad de nuestros actos, templa la voluntad, equilibra las pasiones, desprende el alma de las cosas del mundo, le despierta el fervor y disipa la tibiaza.

El espíritu así disciplinado está preparado no sólo para los grandes vuelos en la oración, sino también para vencer al príncipe de las tinieblas, el cual ataca especialmente a quien avanza en el camino de la santidad. He aquí uno de los aspectos fundamentales de este pasaje: enseñarnos que la tentación es algo normal y no significa crisis o decadencia espiritual; al contrario, a menudo indica excelentes progresos alcanzados por el alma, como le ocurrió al propio Cristo, contra quien el diablo volvió a la carga incluso después de cuarenta días de embestidas fracasadas.

Nuestro Señor trata al demonio con desprecio

³ Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan». ⁴ Jesús le contestó: «Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre”».

Satanás, con la perspicacia inherente a su naturaleza angélica, ya había notado en Jesús una fuerza extraordinaria. Al sospechar que fuese el Mesías, pero sin ser consciente de que era el propio Dios, quiso probar su poder a fin de descubrir su identidad. Pretendía, además, desviarlo con mucha habilidad, provocándole el apego a la materia, en especial al dinero, simbolizado en la piedra y en el pan.

Las condiciones para que Nuestro Señor realizara tal prodigo eran las más favorables: aparte de la necesidad humana —pues, de hecho, tenía hambre—, podría obtener fácilmente cualquier tipo de alimento a partir de aquella piedra o incluso sin ella, valiéndose de su omnipotencia divina, capaz de crear todas las cosas de la nada. Para Él, que en Caná les había proporcionado a los novios el mejor vino de la fiesta transmutando el agua contenida en las tinajas

y que más tarde saciaría a miles de personas multiplicando cinco panes y dos peces, habría sido bastante sencillo obrar el milagro que le proponía el demonio. No obstante, precisamente porque procedía de ese ángel maldito, Jesús no sólo rechaza esa sugerencia, sino que corta el asunto de manera tajante.

Si, por un lado, es indispensable que prestemos atención en el carácter engañoso del padre de la mentira y execrarlo, así como su perfida táctica, por otro, debemos llenarnos de admiración por el modo



A nosotros nos corresponde imitar ese modelo de cara a las trampas del enemigo: jamás mirar sus sugerencias con complacencia, ni hacer consideraciones al respecto

Quien, en medio de las luchas de la vida espiritual, procura ser perfecto a semejanza del Redentor, gozará, como Él, de la paz, la libertad y la victoria

de proceder de Jesús. Él se eleva por encima de la tentación y la desprecia, dando una respuesta en la que desaparece cómo su divina mirada se detiene en el pan material solamente de manera vaga y huidiza, pues se encuentra fija en el verdadero alimento, que es la Palabra de Dios.

A nosotros nos corresponde imitar ese supremo modelo de cara a las trampas puestas por el enemigo de nuestra salvación: jamás mirarlas con complacencia, ni siquiera hacer consideraciones al respecto. Como todo lo que proviene del infierno, la tentación es vil y degradada al alma que no le tiene horror. Sin embargo, si adoptamos la estrategia enseñada por el divino Maestro, saldremos de esos embates fortalecidos y con más apetencia de los bienes sobrenaturales.

Respuesta cortante y avasalladora

⁵ Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo ⁶ y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. ⁷ Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo».

⁸ Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”».

Frustrado en su primer intento, el diablo presenta ahora un ardido propio a excitar el orgullo humano, tantas veces manifiesto en el vicio de la ambición. A lo largo de la Historia, cuántos potentados no han llevado a extremos el delirio de poseer y dominar, cometiendo toda suerte de injusticias, violencia y locuras para conquistar siempre más, y llegando, en algunos casos, a hacerse adorar como dioses! ¡Cuántas naciones destruidas y cuántas persecuciones causadas por esa maldita pasión!

Noble vencedor, Nuestro Señor Jesucristo nuevamente reacciona a esa tentación de manera directa, cortante y avasalladora, citando las palabras de las Escrituras. Al recordar el precepto de adorar a Dios y únicamente darle culto a Él, consignado en el Deuteronomio, apunta a la necesidad de ser íntegros en el amor, no permitiendo jamás que nuestro corazón se prenda a los bienes y honras del mundo.

No entrar nunca en discusión con Satanás

⁹ Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del Templo y le dijo: «Si eres Hijo de

Dios, tírate de aquí abajo», ¹⁰ porque está escrito: «Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te cuiden», ¹¹ y también: «Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra». ¹² Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”».

Impresiona ver hasta qué punto el Salvador se dispuso a ser tentado por amor a nosotros, incluso al permitirle al espíritu maligno que lo transportara a lo alto del Templo. A pesar de que se nos presenta un tanto espantoso que una criatura tenga tal poder sobre el propio Dios, algo semejante ocurre con la Eucaristía, en la cual Jesús está a merced de los ministros que lo llevan, por ejemplo, a los enfermos en los hospitales, aun cuando fueren, por desgracia, sacerdotes indignos o deliberadamente sacrílegos.

Por las dos respuestas anteriores, el demonio percibió que estaba tratando con alguien muy versado en las Escrituras y que las citaba con propiedad. Astuto, decide recurrir también al texto sagrado, sin darse cuenta de que hablaba con su propio autor.

Al mencionar un pasaje del salmo 90, Satanás apuntaba nuevamente el orgullo, esta vez tocando las cuerdas del instinto de sociabilidad. Pretendía instigar a Jesús a que realizara algo grande, capaz de maravillar a las multitudes, y para eso intentó insuflar el deseo excesivo de la estima ajena, como si dijera: «¿Qué pensarán los demás al verte caer de los aires y aterrizar suavemente junto al Templo? ¡Todos te admirarán! ¡Qué triunfo!».

¡Cuántas veces el anhelo desmedido de ser valorado por los otros lleva al hombre a actos irreflexivos que terminan en desastre y frustración!

El divino Maestro desmonta este último ardido con un pasaje del Antiguo Testamento muy simple y claro, enseñándonos a no entrar en discusión con el demonio en los momentos en los que explora nuestro amor propio: «No tentarás al Señor, tu Dios».

Vencida la tentación, la lucha continúa

¹³ Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Humillado y derrotado, el tentador se retira, pero no definitivamente. Regresará «hasta otra ocasión», con embustes diferentes, pues los utilizados en el desierto no habían logrado nada.

Así sucede también con nosotros, como alerta San Pedro: «Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar» (1 Pe 5, 8). Si, por desgracia, el alma cede, el demonio intensifica aún más sus solicitudes, alterando el modo de presentarlas, de modo a empujar al pecador hacia nuevos abismos de maldad. Cuando, por el contrario, la persona resiste, los golpes del maligno se van volviendo cada vez más inútiles y fugaces. Quien, en medio de las luchas de la vida espiritual, procura ser perfecto a semejanza del Redentor, gozará, como Él, de la paz, de la libertad y de la victoria.

III – LA MEJOR DEFENSA CONTRA LAS ARTIMAÑAS DE SATANÁS

Hasta la venida de Nuestro Señor al mundo, el pueblo elegido estaba adscrito a la ley, la cual indica el camino de la santidad, pero no proporciona las fuerzas para seguirlo. A partir del momento en que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14), una nueva vitalidad sobrenatural pasó a circular en las almas sedientas de alcanzar la sublime meta del Cielo: la gracia, con la cual nos volvemos capaces de vencer cualquier tentación. Si disponemos de este auxilio, nada debemos temer, como afirma San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

El enorme impedimento para triunfar siempre sobre el demonio no está, por tanto, en nuestra flaqueza, ni en el ímpetu del mal en intentar perdernos, sino en el hecho de dejar de depositar nuestra confianza en Dios. Es una auténtica locura querer emplear las cualidades y fuerzas humanas como instrumento esencial, o a veces único, en el combate contra los infiernos.

Por eso tenemos la necesidad absoluta de aproximarnos a los sacramentos con la máxima frecuencia, de recurrir a la mediación de la Santísima Virgen y a la intercesión de los santos, nuestros patronos celestiales, de buscar la convivencia con los ángeles; en fin, de estar el día en-



Nuestra Señora del Socorro
Basílica de la Santa Cruz, Florencia (Italia)

tero con nuestra primera atención puesta en los sobrenaturales.

Dios promete amparar a quienes se abandonan a sus cuidados y los acompaña como Padre en las dificultades y amarguras, conforme canta el salmo responsorial de este domingo: «Se puso junto a mí: lo librará; lo protegerá porque conoce mi nombre; me invocará y lo escuchará. Con él estaré en la tribulación» (Sal 90, 14-15).

En suma, la liturgia de hoy nos invita a combatir el buen combate, siguiendo los pasos de Nuestro Señor Jesucristo, con una fe llena de amor en su fuerza, que doblegó a Satanás en el desierto y que también lo vencerá en nuestras almas. Por muy grandes que hayan sido nuestras concesiones al pecado, ofrezcamos al Redentor en esta Cuaresma nuestro deseo de repararlo todo, abandonando para siempre cualquier lazo con el infierno.

Oigamos el consejo que el divino Maestro nos dirige en este Evangelio: «Hijo mío, aprende de mí: cuando Satanás te tiente, ponme entre ti y él. En vez de considerar el horror del mal, para apartarlo, piensa en la grandeza del bien y élévate hasta él. Piensa en mí, piensa en mi Madre y sé perfecto como tu Padre celestial es perfecto». ♦

*Dios promete amparar a quienes se abandonan a sus cuidados
«Me invocará y lo escuchará.
Con él estaré en la tribulación»*



Reproducción

Más acerca de la paz: ¿cómo alcanzarla?

La paz perfecta para el hombre y para la sociedad sólo puede venir del Señor de todos los bienes, Jesucristo. Él mismo nos enseña cómo alcanzarla, en la medida en que es posible en esta vida.

Ney Henrique Meireles



La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo» (Jn 14, 27). Jesucristo, en su infinita bondad, les dejó a los hombres esa herencia e insistió en alertarles a los Apóstoles sobre un hecho de capital importancia: su paz no es la del mundo.

Junto con el demonio y la carne, el mundo es uno de los enemigos de la salvación humana. Entre él y Cristo reina una oposición completa, de modo que «si alguno quiere ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios» (Sant 4, 4). Y recíprocamente ocurre lo mismo: los discípulos del Señor son odiados por su opositor, porque han sido escogidos y arrancados de sus garras para llevar una vida santa (cf. Jn 15, 19).

En el artículo que publicamos el mes pasado, vimos que San Agustín

define la paz como «la tranquilidad del orden». No es de extrañar que el mundo, voraz por perder a los que son de Jesús, ofrezca también una caricatura de ésta, es decir, una falsa tranquilidad, basada en un orden falaz, que esconde sus maldades bajo la forma de bienes aparentes, para que los hombres

no vean que en el pecado y en el alejamiento de Dios nunca existirá paz.

Donde reina la iniquidad, ¿cómo esperar que haya concordia? ¿Acaso podría haber *tranquilidad del orden* cuando el orden por excelencia es transgredido, corrompido, pisoteado? ¿Qué clase de paz ofrece el mundo?

La paz entre las naciones y la utopía de los tratados

A nivel internacional, hay quienes desean fundamentar la paz sobre todo en la actuación omnipresente, y cada vez más invasiva, de organismos internacionales o en acuerdos establecidos entre las naciones. En ese caso, el origen de la violencia radicaría únicamente en la falta de organización y coordinación de sus cumbres.

Ahora bien, desde la Segunda Guerra Mundial se han multiplicado el nú-

*¿Cómo esperar que
haya concordia donde
reina la iniquidad?
¿Cómo puede haber
tranquilidad del
orden cuando éste es
tan transgredido?*

mero de los tratados y de las organizaciones internacionales. Y, en la práctica, ¿qué vemos? Según el análisis todavía actual del renombrado teólogo dominico P. Victorino Rodríguez, “la desavenencia entre las naciones, por animadversiones raciales, disputa de fronteras, enfrentamientos económicos, ofensas nacionales o reivindicaciones históricas, [...] provoca toda clase de guerras [...]. La mera posibilidad de una conflagración nuclear generalizada es un impedimento de la paz, de la tranquila libertad de los pueblos».²

Una mirada atenta sobre los acontecimientos que afligen al mundo da muestras de ello. En Oriente Próximo, la guerra —interminable guerra— continúa sin perspectivas de que se acabe. El terrorismo adquiere rasgos cada vez más agresivos: el acceso al armamento y la tecnología antaño restringido a las naciones de derecho, le ha dado un potencial de acción y destrucción antes ausente.

La derrota y las humillaciones infligidas entre unos y otros son semilla de odio y resentimiento. Los vencidos se encuentran a menudo oprimidos, pero no pacificados, esperando el momento oportuno para la venganza —como se ha visto en el reciente caso de Afganistán...

Hay que decir que la Iglesia reconoce el valor que pueden tener ciertos organismos mundiales, así como alaba los tratados y acuerdos realizados con vistas a la paz, siempre y cuando protejan el derecho, la verdad y la justicia.³ No obstante, los hechos demuestran que una armonía social derivada de meros acuerdos es una quimera. La auténtica paz no nace sólo del papel y la tinta, sino de corazones realmente orientados hacia la verdad y el bien.

No hay paz intestina ni familiar

En el interior de cada país se constata el mismo problema, conforme observa, una vez más, el P. Victorino Rodríguez: «Inmoralidad pública intole-

rable, falta de seguridad ciudadana o de tutela judicial, antipatías o rivalidades de pueblos, de grupos étnicos o de gremios. Todo ello acuciado por ideologías sociológicas».⁴

Ideologías... palabra tan de moda actualmente. El teólogo dominico las califica como «las principales dolencias de nuestra sociedad, que impiden una auténtica paz social o tranquila libertad».⁵

Además, en nuestros días son numerosos los elementos de corrupción de la institución familiar. Novelas, espectáculos, revistas e internet ofrecen de sobra «modelos familiares» cada vez más alejados del ideal católico e incluso del orden natural. ¿Y cuáles son los resultados?

Asombra considerar el aumento de casos de familias destruidas y que no raras veces acaban en odio recíproco entre quienes han sido llamados a convertirse en reflejo de la unión entre Cristo y la Iglesia.

El patrio poder, valor fundamental que refleja el gobierno divino, es cada vez más cuestionado. Los sagrados deberes de los padres en relación con los hijos, igualmente, son desatendidos. Los progenitores, que por amor a la Iglesia deberían esmerarse en proporcionar a su prole una educación auténticamente católica, cultivo de virtudes y valores de honor, respeto y probidad, se olvidan de esta tan alta y grave responsabilidad.

¿Y la paz individual?

Sin embargo, parece indiscutible que todo ese caos brota de una fuente, señalada ya por el apóstol Santiago: «¿De dónde proceden los conflictos

La escalada terrorista global ha frustrado las esperanzas de una paz basada en la mera ausencia de conflictos bélicos



Atentado contra las Torres Gemelas, en 2001. En la página anterior, prueba nuclear en el atolón Bikini (Islas Marshall)

y las luchas que se dan entre vosotros? ¿No es precisamente de esos deseos de placer que pugnan dentro de vosotros?» (Sant 4, 1).

Es imposible que el mundo esté en armonía si cada hombre no domina virtuosamente sus apetencias e inclinaciones.

Sin ese control, surge la inquietud con respecto al porvenir de una sociedad en crisis, la acidez en el trato con los demás, el fastidio de una vida monótona por la ausencia de esperanza en la eternidad. La prueba de esto es el drástico aumento de casos de depresión, trastornos psiquiátricos y suicidios en nuestros días.

De ahí nace también el espíritu de insubordinación contra toda forma de autoridad; la índole perezosa, que desprecia el trabajo hasta el límite del incumplimiento de los deberes de estricta justicia; la acentuada perdida de pudor.

¿Cómo jactarse de paz cuando el hombre está, en todos los sentidos, esclavizado por el vicio y el error?

De la paz con Dios resultan la paz individual y la social

Hasta ahora hemos discurrido ampliamente acerca de la «paz» del mundo y de las engañosas sendas por las cuales lleva a los hombres. Lo hemos hecho a propósito para poner de relieve el abismo que media entre esa realidad y la genuina paz del Señor, abismo que, no obstante, puede ser superado con un simple estiramiento del brazo: la paz de Cristo está a nuestro alcance y ya veremos hasta qué punto.

Para que la *tranquilidad del orden* en el universo sea completa, se requiere la perfecta concatenación de todos los elementos que lo componen. Los



Escena de la vida familiar, pintura del siglo XIX

interior repercute en la generalidad de los pueblos; por lo tanto, «sin la paz intrapersonal no puede haber auténtica paz social».⁶

Cabe entonces preguntarnos: ¿cómo podemos apaciguarlos? Según el Doctor Angélico, «la paz verdadera no puede darse, ciertamente, sino en el apetito del bien verdadero».⁷

Dice «bien verdadero» porque el mal es capaz de asumir apariencias de bondad, pero no es apto para proporcionarle la paz al hombre, pues necesariamente «tiene, sin embargo, muchos defectos, fuente de inquietud y de turbación».⁸

Ahora bien, el único bien absoluto, sin defecto alguno, es el propio Dios. Por tanto, el hombre sólo alcanza la quietud genuina y completa a través de una relación amistosa y obediente con Él, que tiene como base el cumplimiento de sus leyes y sus Mandamientos. Está claro, pues, que la paz con Dios radica en la armonía individual, de la cual, a su vez, deriva en gran medida la social.

La más importante de las leyes

Hemos mencionado el cumplimiento de los Mandamientos como base de la buena relación para con Dios. De todos ellos, sin embargo, el principal es el que más entrelaza con la paz: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo», es decir, la virtud de la caridad.

El P. Antonio Royo Marín, OP, esclarece que la caridad «impulsa a darse totalmente al prójimo, hasta el heroísmo y la plena abnegación de sí mismo».⁹ Cuanto más una persona ama a Dios, mayor será su dedicación por los otros, porque el amor a Él y

Es ilusorio concebir la paz mundial sin una verdadera paz familiar, que refleje la unión entre Cristo y su Iglesia

reinos mineral, vegetal y animal ya se encuentran en paz, pues están necesariamente ordenados hacia la finalidad para la cual fueron creados.

Pero el hombre —ápice de la Creación material— difiere de los otros seres. Dotado de inteligencia y voluntad, tiene la posibilidad de dirigirse o no hacia el fin que el Creador le ha establecido.

Por consiguiente, la paz entre los seres humanos es más compleja y debe ser alcanzada en tres ámbitos esenciales: el social, el interior y el de las relaciones con Dios.

Estas «dimensiones» de la paz están profundamente conectadas. Siendo la sociedad y las naciones un conjunto de individuos, la *tranquilidad del orden*

al próximo son como dos caras de una misma moneda.

Se trata de un vínculo misterioso e incluso paradójico, pero precisamente en la disposición para el sacrificio por el otro, en la abnegación total de sí mismo y de los propios intereses es donde se alcanza la paz con toda su suavidad y deleite.

El Estado debe promover la caridad

Los dirigentes de las naciones, a su vez, deben reconocer en la paz interior de los hombres el baluarte más sólido para la adquisición de la concordia mundial. La Iglesia enseña que «para realizar y consolidar un orden internacional que garantice eficazmente la pacífica convivencia entre los pueblos, la misma ley moral que rige la vida de los hombres debe regular también las relaciones entre los Estados».¹⁰

Un Gobierno, por ejemplo, que coercitivamente imponga la justicia, pero no reconozca a Dios como Señor y Juez, se establece en principio absoluto, eximido de una autoridad superior que lo juzgue y regule. ¿Qué norma de justicia va a regirlo? Su propio beneficio. En este caso, ¿qué valor ten-

drá el respeto al derecho internacional si sus ventajas son su único fin?

Si a eso le agregamos una de las peores formas de injusticia, que es la falta de respeto al derecho de todo hombre a la verdad íntegra, especialmente la que está ordenada a la vida eterna, tendremos entonces el totalitarismo en toda su estatura: «Cuando un Estado monopoliza o manipula los medios de comunicación social con fines e intereses de parte, se conculta el derecho a la verdad; [...] cuando a través de unos medios informativos se atacan o incluso se trata de destruir los valores morales de la sociedad, conduciendo, sobre todo a los

jóvenes, a consideraciones puramente hedonistas en los comportamientos vitales, se hiere y conculta el derecho a la verdad».¹¹

Por el contrario, la observancia de la ley moral, de la cual la Iglesia es la principal depositaria e intérprete, «debe ser inculcada y promovida por la opinión pública de todas las naciones y de todos los Estados con tal unanimidad de voz y de fuerza, que ninguno pueda atreverse a ponerla en duda o a debilitar su fuerza obligatoria».¹²

El respeto a los principios absolutos del derecho natural está en la base del aforismo «*pacta sunt servanda*», siendo, por tanto, fundamental para salvaguardar la veracidad y la fidelidad a los tratados y convenios internacionales.

La paz de Cristo

La paz perfecta para el hombre y para la sociedad sólo puede venir del Señor de todos los bienes, Jesucristo. Él, al asumir la naturaleza humana, nos dejó su paz y nos enseñó cómo alcanzarla, en la medida en que es posible en esta vida.

Nuevamente en las sabias palabras del P. Victorino Rodríguez, «Él mis-

¿Qué consideración merece un Gobierno cuyas ventajas propias son su único fin y que impone leyes humanas que excluyen la ley divina?



El Parlamento Europeo durante una sesión plenaria, Estrasburgo (Francia)

Diliff (CC by-sa 3.0)

mo es la paz, como es el camino, la verdad y la vida, y garantiza la similitud consigo mismo a los hombres que practican la paz: “bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios”¹³.

La paz de Cristo es fruto de su sangre, que sacó a los hombres de la esclavitud del pecado. Es la paz del Espíritu Santo, que llena el corazón humano de santa alegría y de esperanza en la posesión del Cielo.

Es la paz de una vida santa, por la sujeción de las pasiones a la inteligencia iluminada por la fe y por la adhesión de la voluntad a la verdad y al bien eterno; paz que proviene de una naturaleza recta y ordenada por la gracia, que sabe valerse de todas las cosas sin las exageraciones e intemperancias que roban el descanso interior.

Es la paz que no ve en el dolor un elemento de frustración y desesperación, sino que sabe encontrar en él la mano invisible y misteriosa de Dios, que todo lo hace para el bien de sus elegidos.

De esta acción profunda de la gracia en la naturaleza humana fluye la paz cristiana, que hace brotar en la vida social virtudes auténticas de armonía, respeto, obediencia y admiración.

Bajo su influencia, la vida familiar se ordena según el modelo y la jerarquía queridos por Cristo. Los más variados estratos de la sociedad consuenan entre sí por la legítima subordinación; los inferiores reconocen en sus superiores la autoridad de Dios, y los superiores, a su vez, discernen en su condición un don divino, recibido para beneficio de los demás.

Fundamentados en esa paz, los gobernantes aplican la justicia, castigando al mal y favoreciendo al bien; las naciones, concertadas para el progreso material y espiritual de los pueblos, protegen la inocencia de la infancia con la sabiduría de la ancianidad. Y todos ven en la Iglesia, en los sacramentos y en la moral el más valioso auxilio para la manutención de la verdadera concordia.

«Emitte Spiritum tuum et creabuntur»

¿Cómo esperar que fructifique de nuevo la auténtica paz de Cristo en el mundo?

Cuando se analiza el pasado, se ve que en varias ocasiones el desorden material y la confusión en las almas, originadas por las herejías y cismas, amenazaron la verdadera paz. La persecución por parte del sacerdote sufrida por los Apóstoles tras la Resurrección del Señor; las muertes de los primeros cristianos, víctimas del odio de todo un Imperio durante prácticamente tres siglos; las herejías

que pululaban en la cristiandad, desde la gnosis de los tiempos apostólicos hasta las sectas protestantes, son algunos ejemplos de esa realidad.

Sin embargo, en todas las ocasiones de crisis mencionadas el Espíritu Santo supo despertar en las almas el amor por la verdad y el deseo de luchar por ella, para que el orden fuera restablecido y la paz obtenida.

Hoy la situación parece mucho más grave y quizás el mundo contemporáneo esté incurriendo en la más execrable de las apostasías: habiendo conocido la benéfica y saludable influencia de la Iglesia Católica, le da la espalda. Es más, se esfuerza metódica y conscientemente por excluir de la moral, de la cultura y de las leyes todo lo que aún conserve el dulce olor de Cristo.

Más que nunca, es necesario pedir la intervención divina. Que el Espíritu Santo repita el milagro de Pentecostés y reavive el fuego de la caridad en los corazones, para que en el universo reine la justicia y la paz. Y que el mundo, antaño cristiano y ahora nuevamente pagano, retorne a las sendas del divino Maestro.

Pidamos esta gracia y cooperemos para que se vuelva efectiva, cada uno en su esfera de acción —sea en la vida familiar y en el trabajo, según el estado de vida propio; sea por la acción, por el ejemplo o por la oración—, seguros de que buscar la paz no es desear un pacifismo estéril, una amalgama sincretista de todo cuanto puede ser causa de división —aunque legítima— entre los hombres, pues nuestro «Dios no es Dios de confusión sino de paz» (1 Cor 14, 33). ♦

La verdadera paz no ve en el dolor un elemento de frustración o desesperación, sino la mano misteriosa de Dios, que todo lo hace por nuestro bien

¹ SAN AGUSTÍN. *De civitate Dei*. L. XIX, c. 13, n.^o 1.

² RODRÍGUEZ, OP, Victorino. *Teología de la paz*. Madrid: Aguirre, 1988, pp. 22-23.

³ Cf. PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ. *Compen-*

dio de la doctrina social de la Iglesia, n.^o 440.

⁴ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 22.

⁵ Ídem, ibidem.

⁶ Ídem, ibidem.

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*.

II-II, q. 29, a. 2, ad 3.

⁸ Ídem, ibidem.

⁹ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología Moral para seglares. Moral Fundamental y Especial*. 7.^a ed. Madrid: BAC, 1996, v. I, p. 856.

¹⁰ PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, op. cit., n.^o 436.

¹¹ RODRÍGUEZ, op. cit., pp. 35-36.

¹² PÍO XII. *Radiomensaje de Navidad*, 24/12/1941.

¹³ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 13.

¿El Príncipe de la paz vino a traer división?

Desde el primer pecado cometido por Adán y Eva hasta la Encarnación, existía una fuerza predominante en la faz de la tierra que podemos llamar el polo del mal. Aunque la promesa divina estuviera en vigor, garantizando la Redención, y la solicitud del Creador se ejerciera constantemente a favor de los judíos, era patente que entre los demás pueblos de la Antigüedad existía un consenso por el cual reinaba el mal en todos los ambientes, sin que hubiese la posibilidad de que los buenos realizaran obras relevantes que destruyeran el imperio del demonio. Apoyadas en esa pseudoarmonía producida por el pecado —una unidad engañosamente perfecta—, las potencias infernales habían establecido la cohesión del mal. [...]

Ahora bien, la venida de Cristo encendió el fuego del amor divino sobre la tierra e inauguró el polo del bien, con una fuerza de expansión extraordinaria. Como observa el P. Manuel de Tuya: «Este fuego que Él pone en la tierra va a exigir tomar partido por Él. Va a incendiar a muchos, y por eso Él trae la “disensión”, no como un intento sino como una consecuencia».¹ Es inevitable una separación radical, pues quien adhiere al bien restringe la acción de quien opta por el mal e impide su progreso, abriéndose así un abismo que los va distanciando.

«Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división». (Lc 12, 51). Estamos ante una de las afirmaciones más categóricas proferidas por el Maestro en todo el Evangelio: «No he venido a traer paz». ¿Cómo el «Príncipe de la paz» profe-

tizado por Isaías (9, 5), Él, que al invocar la presencia del Espíritu Santo dirá: «Paz a vosotros» (Jn 20, 19), predica que no vino a traerla? He aquí un versículo que causa perplejidad a los espíritus cartesianos. La explicación, sin embargo, es simple y profunda: su paz no coincide con la que es entendida según conceptos defor-

mados: «No os la doy yo como la da el mundo» (Jn 14, 27). [...] La paz rechazada por Nuestro Señor es la que se establece cuando las almas están unidas por el pecado, por la complicidad que lleva a los hombres perversos a protegerse entre sí y a vivir en aparente concordia, en una falsa armonía fundamentada en el mal. [...]

La división inaugurada por Jesús se cifra en una intransigente censura a esa actitud de complicidad en el mal, sobre todo por la recta conducta de las almas virtuosas y por la corriente de buenos suscitada por ellas. Al fundar la Iglesia inmortal, Nuestro Señor le dio al bien una

fuerza divina capaz de desenmascarar el error de los que abrazan el pecado, de mostrar cuán hediondo es y de oponer resistencia a su dominio. Hasta la venida de Cristo, la virtud y el bien tenían un alcance limitado. Él vino a hacerlos omnipotentes y a transformarlos en el factor decisivo de la Historia. La separación entre buenos y malos se convirtió en una realidad mucho más accentuada que antes, con una peculiar característica: los buenos, cuando son íntegros, siempre salen victoriosos. ♦

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.
¡El fuego purificador! In: *Lo inédito sobre los Evangelios*.

Città del Vaticano: LEV;
2012, v. VI, pp. 292-295.

¹ TUYA, OP, Manuel de. *Biblia comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, v. V, p. 855.



Jesús vuelve a la tierra para fulminar al Anticristo - Capilla del Colegio Exeter, Oxford (Inglaterra)

El tribunal de la misericordia

El divino Prisionero, que siempre está a nuestra espera en la hostia sagrada, nos aguarda también en el sacramento de la Penitencia, deseoso de perdonarnos y de cubrirnos con sus caricias.



Hna. María Teresa de Melo Aquino, EP

Si existiera un centro de salud que contara con médicos infaliblemente capaces de curar cualquier enfermedad, no sería necesaria publicidad alguna para convertirlo en el más concurrido del mundo. Sin duda, la demanda obligaría a que se llevaran a cabo ciertas medidas para evitar desórdenes y favorecer al mayor número posible de pacientes; nadie escatimaría ningún esfuerzo a fin de lograr ser atendido y el simple hecho de poseer un sitio asegurado en la fila de espera, por muy larga que fuera, sería un inequívoco motivo de tranquilidad y de paz para quienes juzgan encontrar en la salud del cuerpo la felicidad perfecta...

El pecado, el peor de los males

«¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz!» (Lc 19, 42): este amoroso lamento del Señor puede ser aplicado a aquellos que tan sólo se preocupan por su bienestar físico y descuidan su propia alma. En la vida terrena es más importante mantenerse en la gracia de Dios que conservar cualquier bien pasajero. Es verdad que Jesús está dispuesto a curarnos de enfermedades corporales, y de ello dan testimonio numerosas curaciones obradas por Él registradas en los Evangelios; pero no olvidemos que, además de restituir la salud, el Redentor incitaba a no pecar más (cf. Jn 5, 14).

Al contemplar al divino Llagado en su Pasión, ¡nos quedamos per-

plejos! Aquel que pasó por el mundo haciendo el bien, fue traicionado por uno de sus discípulos, desfigurado con suplicios inenarrables y muerto en la cruz. Quizá entre los que lo azotaron figurara uno que había sido paralítico; entre los que gritaban pidiendo su muerte, otro que había sido mudo o incluso alguien que, habiendo muerto, recibiera nuevamente la vida... Sin embargo, todos clamaban: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!», prefiriendo salvar antes a un asesino que al Hijo de Dios. En la Pasión es donde el pecado manifiesta el grado más alto de su violencia y de su multiplicidad.¹

«*Delicta, quis intelligit?*» (Sal 18, 13), ¿quién es capaz de conocer el pecado? Sin duda, es la peor de las enfermedades a la que todos estamos sujetos como resultado de nuestra naturaleza caída. Pero el divino Redentor a tal punto desea revitalizar nuestras almas más que nuestros cuerpos que legó a la Iglesia no «algo como una especie de cajero automático para curar enfermedades, en donde los enfermos se arrodillan y salen restablecidos. Instituyó, más bien, el sacramento de la Penitencia»,² inestimable don que nuestra inteligencia no puede comprender enteramente.

Lo sublime de la confesión

En la Antigua Ley, no servía de nada acusarse ante el sacerdote ni tampoco era posible obtener la seguridad del perdón. Estaban prescritos

los más diversos holocaustos por los pecados, pero ni la totalidad de esos sacrificios «sumados y multiplicados por sí mismos, serían capaces de perdonar tan sólo una falta venial. Ni siquiera a María Santísima, con todos sus méritos, le sería posible».³

Después de la Pasión, no obstante, estando los Apóstoles reunidos a puerta cerrada, Jesús se les apareció por primera vez, sopló sobre ellos y les confirió este poder divino: el de perdonar o retener los pecados (cf. Jn 20, 23). Y en la confesión, cuando el sacerdote, trazando una cruz, dice la fórmula: «Yo te absuelvo de tus pecados...», «es ese mismo soplo de Jesucristo que se prolonga para restituir al alma del penitente la vida divina perdida por el pecado mortal».⁴

Si el pecado mortal nos hace enemigos de Dios, la confesión bien hecha, por el contrario, produce una verdadera resurrección: le devuelve al alma la gracia santificante y la filiación divina, borra la falta, perdoná la pena eterna, restituye las virtudes y los méritos, confiere la gracia sacramental específica y reconcilia al penitente con la Iglesia.⁵ Por eso afirmaba el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira: «Sería difícil concebir nuestra existencia en este valle de lágrimas si no nos hubiera sido dado abrirnos a nuestros pecados y no tuviéramos la certeza del perdón de Dios a través de la absolución administrada por el sacerdote en el confesionario».⁶

Infelizmente, las breves líneas del presente artículo no nos permiten discurrir acerca de cada una de las maravillas del sacramento de la Penitencia; si bien, conviene subrayar que no son únicamente quienes incurren en pecado mortal los que deben buscar la confesión. También las almas que cayeron tan sólo en faltas leves siempre pueden beneficiarse de ese sacramento, pues confiere vigor y gracias específicas que ayudan en la victoria sobre los pecados cometidos y disminuyen las malas inclinaciones.⁷ De ahí que el Dr. Plinio comentara: «Cada persona que sale del confesionario es un héroe que se levanta con la fuerza suficiente para no pecar más, capaz de emprender el combate, por muy prodigiosas que sean las batallas morales que tenga que librarse».⁸

El odio del demonio contra el milagro de la misericordia

La riqueza de ese manantial de misericordia ¡es bastante desconocida! Lo que el demonio conquista por el pecado lo pierde en el sacramento de la Penitencia y, por lo tanto, trata por todos los medios de alejarnos de la confesión. A unos les infunde miedo; a otros, la impresión de que el sacerdote se quedará horrorizado con sus faltas...

Hay que estar siempre vigilantes, porque el enemigo de nuestra salvación actúa así incluso con almas muy virtuosas, como narra Santa Faustina Kowalska en su *Diario*: «Cuando comencé a prepararme para la confesión me asaltaron fuertes tentaciones con-



Quien sale del confesonario es un héroe que se levanta, capaz de emprender los combates más prodigiosos

Confesión en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

tra los confesores. Yo no veía a Satanás, pero sí lo sentía a él y su tremenda maldad. [...] Sentía que luchaba contra fuerzas poderosas y exclamé: «Oh Cristo, tú y el sacerdote sois uno; me acercaré a la confesión como a ti y no a un hombre». Al acercarme a la rejilla, descubrí primero mis dificultades. [...] Después de la confesión se dispersaron todas quién sabe dónde; mi alma disfruta de la paz».⁹

A esta misma santa, el Señor le pidió: «Di a las almas que es en el tribunal de la misericordia donde han de buscar consuelo; allí tienen lugar los milagros más grandes y se repiten in-

cesantemente. Para obtener este milagro no hay que hacer una peregrinación lejana, [...] sino que basta acercarse con fe a los pies de mi representante y confesarle con fe su miseria. [...] Aunque un alma fuera como un cadáver descomponiéndose, de tal manera que desde el punto de vista humano no existiera esperanza alguna de restauración y todo estuviera ya perdido, no es así para Dios. El milagro de la Divina Misericordia restaura a esa alma en toda su plenitud. Oh infelices que no disfrutan de este milagro de la Divina Misericordia; lo pedirán en vano cuando sea demasiado tarde».¹⁰

La Cuaresma, tiempo propicio para confesarse

Quien nunca ha experimentado el consuelo que el alma tiene cuando sale del confesonario, se gura de que ha sido perdonada por el propio Jesucristo, nuestro Señor, no conoce una de las felicidades más grandes que en esta vida se puede tener. En cada período litúrgico se nos reservan gracias especiales y el tiempo de Cuaresma, que ahora iniciamos, nos invita particularmente a la penitencia y al arrepentimiento.

Pidámosle, entonces, a la Santísima Virgen, Abogada de los pecadores, que nos auxilie a aprovecharlas al máximo, pues el divino Prisionero, que siempre está a nuestra espera en la hostia sagrada, nos aguarda también de un modo distinto en el sacramento de la Penitencia, deseoso de perdonarnos y de cubrirnos con sus caricias. ♦

¹ Cf. CEC 1851.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Basta que tengas fe». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano; Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, v. III, p. 289.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. Creer, para después

amar. In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano; Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, v. III, p. 289.

⁴ Idem, ibidem.

⁵ Cf. SADA FERNÁNDEZ, Ricardo; MONROY, Alfonso. *Manual de los Sacramentos*.

^{2.ª} ed. Madrid: Palabra, 1989, p. 121.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. «A Santa Igreja, espelho das virtudes de Maria». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XI. N.º 121 (abril, 2008); p. 25.

⁷ Cf. SADA FERNÁNDEZ; MONROY, op. cit., p. 133.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 18/2/1984.

⁹ SANTA MARÍA FAUSTINA KOWALSKA. *Diario*, 4.ª ed. Stockbridge: Marian Prees, 2007, pp. 603-604.

¹⁰ Idem, p. 510.

Ayuno y abstinencia

La Iglesia, incumbida por el Salvador de llevar a los hombres al Cielo, dispone sabias reglas para el ayuno prescrito por Nuestro Señor Jesucristo. ¿Cuáles son?

Pedro Elías Cordeiro de França Casado



Tinterrogado a propósito de por qué sus seguidores no hacían ayuno, como los de San Juan Bautista y los de los fariseos, Nuestro Señor Jesucristo afirmó: «¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán» (Mt 9, 15).

De hecho, con la partida de Jesús hacia la eternidad, los discípulos empezaron a ayunar, pero de un modo distinto al de los fariseos. «Cuando ayunéis», les había dicho el divino Maestro, «no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan. [...] Tú, en cambio, cuando ayunes, perfumate la cabeza y lávate la cara» (Mt 6, 16-17).

Teniendo en vista esta enseñanza, la Iglesia, incumbida por el Salvador de llevar a los hombres al Cielo, estableció reglas para el ayuno y para la abstinencia. ¿Y cuáles son? Antes de responder, consideremos el significado más profundo de esta costumbre tan antigua como la religión.

¿Por qué se ayuna?

El ayuno no es más que la privación voluntaria de alimentos —comer menos o no comer nada—, práctica diferente de la abstinencia, que implica la privación de determinados tipos de alimentos, pero sin tener que reducir necesariamente su cantidad. Por ejemplo, alguien puede abstenerse de carne, pero no ayunar. Am-

bas cosas, no obstante, son formas de mortificación.

Santo Tomás de Aquino¹ explica que, para que el ayuno sea un acto de virtud, es necesario practicarlo con vistas a un fin sobrenatural; ayunar por vanidad no tiene mérito ante Dios... Cuando el hombre ayuna por una finalidad religiosa, lo mueve sobre todo la compenetración de que se encuentra en una tierra de exilio y que su verdadera patria es el Cielo. Ahora bien, para llegar hasta allí hay que tener los ojos puestos en la vida futura, echándole poca cuenta a los bienes terrenos.

Además, también existen objetivos más específicos por los cuales se debe ayunar: para contener la concupiscencia de la carne, elevar más libremente el alma a la contemplación de realidades sublimes y reparar nuestros pecados. Cada uno, por razón natural, está obligado a ayunar tanto como sea posible para alcanzar dichos objetivos. Por eso el ayuno se incluye entre los preceptos de la ley natural.²

Sin embargo, le corresponde a la autoridad eclesiástica definir el tiempo y el modo del ayuno, según las conveniencias y la utilidad del pueblo cristiano, lo que constituye precepto positivo.³ Siendo así, la Iglesia tiene el derecho y el deber de prescribir normas para el ayuno de los fieles, de acuerdo con las necesidades y posibilidades de cada época y conjunto de individuos. Veamos entonces, resumidamente, cómo se ayunó a lo largo de los siglos.

Sublimación de una costumbre hebrea

Así como la flor brota del capullo, la Iglesia proviene de la sinagoga. Por esa razón en los primeros tiempos del cristianismo se adoptaban las costumbres del ayuno hebreo. No obstante, esa praxis no tardó en sufrir ciertas adaptaciones.

En las semanas que precedían a la celebración de la Pascua —principal fiesta litúrgica desde el Antiguo Testamento—, se instituyó un período de ayuno preparatorio, que se fijó enseñada en cuarenta días. Eran los comienzos del Tiempo de Cuaresma, ya en el siglo I. Posteriormente, en muchas comunidades se estableció el hábito de intensificar el ayuno durante la Semana Santa, especialmente el Viernes Santo.

El ayuno y la abstinencia en esa época eran practicados más rigurosamente por medio de la xerofagia, «que consistía en comer, una vez que el sol se había puesto, comidas secas, con exclusión de verduras y frutas frescas. Si bien que la forma ordinaria era tomar la única comida después de la puesta del sol, con exclusión de carne, lácteos, huevos y vino. Una forma más suave (semiayuno) era anticipar la única comida a las tres de la tarde, como en Occidente se hacía los miércoles y viernes y, a veces, el sábado, en los primeros siglos del cristianismo».⁴

Con el paso de los años, los días de penitencia fueron aumentando y en la Edad Media —cuando por primera

vez las leyes eclesiásticas comenzaron a prescribir la abstinencia—, además de la Cuaresma eran días de abstinencia todos los viernes y sábados del año, las cuatro témporas⁵ y las vigilias de ciertas fiestas litúrgicas.⁶

Época de mitigaciones y dispensas

Después de ese período comenzó lo que algunos han definido como «la época de la mitigación y las dispensas», los tiempos modernos, en los que paulatinamente se eximían las exigencias de eras anteriores, así como se consolidaba una refacción por la tarde, además de la comida principal, costumbre que data de finales de la Edad Media.⁷

Más cercano a nosotros, a inicios del siglo pasado, solía haber tres comidas: la parvedad —desayuno—, la colación, que era algo más sustanciosa, y la comida principal. Estas dos últimas se podían tomar, o bien a la hora del almuerzo, o bien en la cena, según la conveniencia. Había días de ayuno y abstinencia, ayuno sin abstinencia y abstinencia sin ayuno.⁸

¿Cómo se debe ayunar en la actualidad?

En nuestra época, la Iglesia continúa prescribiendo

ocasiones de ayuno y de abstinencia: los días y tiempos penitenciales, que son todos los viernes del año y el período de Cuaresma.⁹

Los viernes —a no ser que coincidan con una solemnidad litúrgica— debe guardarse la abstinencia de carne o de otro alimento que haya determinado cada Conferencia Episcopal.

También hay dos días en los que no sólo se debe guardar la abstinencia, sino también el ayuno: el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. Actualmente la Iglesia determina que el ayuno debe consistir en no tomar más que una comida completa, permitiéndose, no obstante, algún alimento otras dos veces al día.¹⁰

En cuanto a la abstinencia de carne también se contemplan otras opciones. Puede ser sustituida, según la

libre voluntad de los fieles, por cualquiera de las siguientes prácticas recomendadas por la Iglesia: «Lectura de la Sagrada Escritura, limosna (en la cuantía que cada uno estime en conciencia), otras obras de caridad (visita de enfermos o atribulados), obras de piedad (participación en la Santa Misa, rezo del Rosario, etc.) y mortificaciones corporales. Sin embargo, en los viernes de Cuaresma debe guardarse la abstinencia de carnes, sin que pueda ser sustituida por ninguna otra práctica».¹¹

La ley de abstinencia obliga a los que han cumplido los 14 años; la del ayuno, a partir de los 18 (mayoría de edad canónica) hasta que hayan cumplido 59 años. Con todo, los que cuidan de las almas y los padres deben velar sobre aquellos que, debido a la edad, aún no están obligados a esta norma, a fin de ser formados en el verdadero significado de la penitencia.

Habiendo conocido algo más sobre el origen de la práctica del ayuno, su desarrollo y la actual observancia, procuraremos seguir este precepto —que es el cuarto mandamiento de la Iglesia— para que, así, alcancemos todos los frutos espirituales que nuestra Santa Madre desea para sus hijos. ♦



Reproducción

El ayuno, para los católicos, consiste en la privación de alimentos con vistas a un fin sobrenatural, y le corresponde a la autoridad eclesiástica regularlo

Detalle de «San Hugo en el refectorio de los cartujos», por Francisco de Zurbarán - Museo de Bellas Artes, Sevilla (España)

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 147, a. 1.

² Cf. Ídem, a. 1; 3.

³ Cf. Ídem, a. 3.

⁴ RÖWER, OFM, Basilio. *Dicionário litúrgico*. 3.^a ed. Petrópolis: Vozes, 1947, p. 124.

⁵ Cuatro témporas, o simplemente témporas, eran días especiales de ayuno —miércoles, viernes y sábado— fijados

en 1078 por San Gregorio VII, para cuatro épocas del año: la primera semana de Cuaresma, la primera semana después de Pentecostés, la tercera semana de septiembre y la tercera semana de Adviento (cf. Ídem, p. 194).

⁶ Cf. Ídem, pp. 13-14.

⁷ Cf. VACANDARD, Elphège. *Carême*. In: VACANT, Alfred; MANGENOT, Eugène (Dir.). *Dictionnaire de Théologie Catholique*. Paris: Letouzey et Ané, 1910, v. II, col. 1744-1746.

⁸ Cf. NORMAS PRÁCTICAS PARA LA OBSERVANCIA DE LA LEY DEL AYUNO. In: *O Legionário*. São Paulo. Año IX. N.º 192 (1 mar, 1936); p. 3.

⁹ Sobre la observancia actual del ayuno y la abstinencia, véase: CIC, can. 1250-1253.

¹⁰ SAN PABLO VI. *Pænitentia*, III, III, 2.

¹¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal. Madrid. Año IV. N.º 16 (feb, 1987); pp. 155-156.



Daniel Letellier

Una oración, para mover el Corazón de María

Del alma inocente del Dr. Plinio, brotó una oración destinada a atravesar los siglos, siendo consuelo para los abatidos, faro de seguridad para los desorientados, visión grandiosa para los que desean elevarse por encima de la banalidad de nuestros días.

Mons. João Scognamiglio Cl  Dias, EP

Al final de la década de 1960, los s abados por la tarde el Dr. Plinio sol a invitaba a algunos de sus disc『ipulos, incluso provenientes de otros países, para conversar en la pizzer  Giordano, situada en la avenida Brigadeiro Luís Antônio. Este lugar tan sencillo y popular fue durante muchos años escenario de una afectuosa convivencia entre padre e hijos.

Una flor rodeada de horrores

Encontrándose all  les hizo interesantes comentarios acerca de la inocencia, así como de aquellos que la abandonan. Muy impactantes debieron ser la conversación y las reflexiones del Dr. Plinio sobre tan pungente realidad, como para que, más de diez años después, las recordara perfectamente en una reunión con algunos de sus seguidores:

«Me llamaba mucho la atención la insensibilidad de las almas hacia su inocencia primeva. Yo me acordaba con saudades de la mía, pero interiormente gem a de dolor al ver la inocencia de tantas personas perdida, deshecha, y el rincón aureo¹ de sus almas transformado en un depósito de toda especie de recuerdos in utiles, una auténtica basura interior! Cada vez que pensaba en esto se producia en m i una serie de impresiones de tristeza, abandono, infidelidad, descarrilo; entonces innumerables crímenes, ingratitudes y pecados cometidos en el mundo me venian a la mente con tanta fuerza que se asociaban por analogia con imágenes y figuras concretas, sin que yo tuviera la más mínima intención de transformarlas en símbolos, sino que sucedia por una natural correlación».

En estas palabras se nota claramente la profundidad de su discernimien-

to de los espíritus al analizar fenómenos que se daban en lo más recóndito de los corazones. En efecto, la descripción de tales figuras hará que usted, lector, se pregunte respecto a la naturaleza de esta meditación, sospechando si no se trataba, en realidad, de un fenómeno de carácter místico:

«Imaginaba, por ejemplo, un terreno lleno de trozos de diferentes botellas, como los que se ponen encima de los muros, para que no se pueda dar un paso sin cortarse los pies del modo más cruel y sangriento. Debajo había pedriscos polvorientos, tan calentados por el sol que quemaban, y en un rincón se veía un cactus espinoso. Todo all  representaba una agresión, pero de ese cactus brotaba una flor que, en medio de aquel horror, todavía conservaba cierta vitalidad y podría transformarse en una maravilla. No obstante, acabaría marchit ndose infructifera si

nadie atravesara los fragmentos de vidrio y fuera a cogerla».

«Hay momentos, Madre mía...»

Mientras así reflexionaba sobre la inocencia de ciertas almas, reducida a una flor de cactus cercada de horrores, alguien le preguntó si no podría componer una oración pidiendo la restauración de esa inocencia primaveral. Entonces, con toda naturalidad les dictó, de un tirón, a los que estaban en la mesa:

«Hay momentos, Madre mía, en que mi alma se siente, en lo que tiene de más profundo, tocada por una saudade indecible. Tengo saudades de la época en que yo os amaba y Vos me amabais, en la atmósfera primaveral de mi vida espiritual. Tengo saudades de Vos, Señora, y del paraíso que ponía en mí la gran comunicación que tenía con Vos. ¿No tenéis también Vos, Señora, saudades de aquel tiempo? ¿No tenéis saudades de la bondad que había en aquel hijo que fui? Venid, pues, oh la mejor de todas las madres, y por amor a lo que florecía en mí, restauradme. Recomponed en mí el amor a Vos, y haced de mí la plena realización de aquel hijo sin mancha que yo habría sido si no fuese tanta miseria. *Dadme, oh Madre, un corazón arrepentido y humillado, y haced lucir nuevamente ante mis ojos aquello que, por el esplendor de vuestra gracia, yo comenzara a amar tanto y tanto.*² Acordaos, Señora, de este David, y de toda la dulzura que en él poníais. Así sea».

De improviso y con toda fluidez, como el agua de una fuente, había brotado de los labios del Dr. Plinio la plegaria por siempre llamada Oración de la Restauración.

El gemido de un alma pura

Era la manifestación de un sentimiento que el Dr. Plinio llevaba en el fondo de su corazón. «Evidentemente, yo la hice para que otros la rezaran, pero expresaba mi propia alma; es como yo me siento de cara a mi

inocencia», comentaría dos décadas después.

Y sería aún más explícito en posteriores circunstancias, en las que trasparecería con mayor brillo su rectitud ante los dones que había recibido de la



Reproducción

Plinio con 4 años. En la página anterior, reproducción de una iluminación con la Oración de la Restauración usada por el Dr. Plinio

«Yo hice la oración para que otros la rezaran, pero expresaba mi propia alma; es como yo me siento de cara a mi inocencia»

Providencia en la primera etapa de su vida: «Mucho de lo que hay en la Oración de la Restauración son recuerdos de mi infancia. Me sentía atraído por toda clase de cosas maravillosas, y ¡no se pueden imaginar cuánto había de inocente, de brillante y de esplendoroso en mi alma!». Y añadía: «Dicte esa oración pensando en mí mismo, por el pavor de no haberlo conservado todo. Desearía poder rezar, antes de morir, aquella oración de Nuestro Señor, alterándola un poco, en la que decía: “De los que me diste, no he perdido a ninguno” (cf. Jn 18, 9); entonces a mi me gustaría afirmar: De lo que me diste, no he perdido nada, ¡no he dejado que cayera ni siquiera una gotita de mis primeras gracias! Pero tenía miedo de que no fuera así».

De hecho, consideraba necesario limpiar su alma de cualquier posible mancha y de ese modo restauraría la inocencia que temía haber arañado en algo y de la cual sentía unas saudades indecibles. E incluso en los últimos meses de su vida reforzaría esa idea, inspirada por el deseo de corresponder a la gracia con toda la perfección posible: «Es el inexorable recelo de no haber sido como debiera, gimiendo a los pies de Nuestra Señora y pidiéndole para serlo, por fin. La Oración de la Restauración se reduce a eso».

Sí, la Oración de la Restauración es el sentimiento interior, el gemido de un alma pura, llena de saudades y deseosa a toda costa de restablecer una comunicación, un estado místico de relaciones con María Santísima y con el mundo sobrenatural, en parte disminuido por la prueba de la aridez, pero con respecto al cual esa alma se reputaba infiel y deudora. El Dr. Plinio atravesará las décadas con la esperanza de recuperar esa convivencia y volver a aquella época de consolación, alcanzando la plenitud de lo que otrora había poseído.

Por eso, nadie la rezó con tanta piedad y profundidad como él, para quien llegó a tener tanta importancia que, de



David Ayusso

Inmaculado Corazón de María - Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

entre los centenares o miles de oraciones que compuso, ésa fue la única memorizada y diariamente rezada en el momento de concluir la acción de gracias después de la comunión.

Sin embargo, el sentido de tan bellas palabras no se lo aplicaba únicamente a sí mismo y a su situación personal.

Como el hijo pródigo que regresa a la casa paterna

Dirigiéndose a sus hijos espirituales más jóvenes durante una conferencia, comentaba: «La Oración de la Restauración narra la historia de casi todas las almas. Salieron inocentes

La Oración de la Restauración es el gemido de un alma pura, sumergida en la aridez, que desea restablecer sus relaciones con María Santísima

del baptisterio e inocentes dieron sus primeros pasos en la vida. Pero después, ¡cuántas no vienen a perder esa inocencia, en mayor o menor profundidad! La oración se refiere, pues, al paraíso que había sido esa comunicación con Nuestra Señora en aquel período. Nada puede expresar mejor la alegría de la infancia, de la inocencia, en la cual se encuentran los ángeles. ¡Felices los que no la hayan perdido! ¡Felices también los que la recuperaron! ¡Más felices los que suben al Cielo con ella!».

Aunque siempre explicase el significado de tal oración como una alusión a la felicidad diáfana de la inocencia bautismal, la interpretaba, además, restringiéndose a las gracias que le eran dadas a alguien durante el amanecer de su vocación. Y mencionaba de manera especial la situación de los llamados a seguirlo y formar parte de su obra que, por infidelidad, abandonaban las vías del embelesamiento y dirigían su atención hacia las banalidades del mundo. Éstos deberían suplicar con vehemencia la gracia de la conversión, a la que incluso ya le había puesto un nombre:

«Es, por excelencia, la oración del “*Grand Retour*”.³ Quien la medita punto por punto verá en ella la actitud del hijo pródigo cuando vuelve a la casa paterna. Es un alma otrora embriagada de alegría por la convivencia con Nuestra Señora, que después se apartó de Ella de un modo miserable. Intentó vivir donde está la muer-

te y se hundió en el pecado, pero, de vez en cuando, la gracia busca a ese ingrato y le inspira ciertos recuerdos: se acuerda de aquellos momentos, se siente amargado y le pide a Nuestra Señora que restablezca aquella convivencia».

En otra circunstancia, el Dr. Plinio mostraba cuán necesario era implorar más allá de la mera restauración de la fidelidad abandonada: «Pedimos la reintegración de nuestra alma de todo lo que ha perdido y, más aún, que Dios nos dé, a ruegos de Nuestra Señora, gracias mayores que aquellas que nos habría dado si no lo hubiéramos perdido».

Las inagotables bellezas de una oración

Por otra parte, quería animar igualmente a los hijos fieles, quienes, afligidos sin culpa por el eclipse de las primeras gracias, deberían rezar con fervor la Oración de la Restauración. A lo largo de los años, las metáforas sobre el asunto se sucederían unas tras otras en reuniones y conversaciones, siempre más bellas y, a menudo, maravillosas, como esta: «La Oración de la Restauración actúa como ciertas aves que vuelan sobre el mar, mojan la punta del ala y después suben de nuevo. Así, aquel buen deseo desciende hasta nosotros y, cuando nos toca la punta de ese “ala”, revivimos. Es un minuto en el que nos sentimos como si se hubiera realizado el pedido de la oración».

O como la siguiente, que parecía tener resonancias de las parábolas evangélicas: «Un hombre tenía en su casa un cuadro ante el cual se sentaba habitualmente, porque le gustaba mucho mirarlo. Ahora bien, se quedó ciego y ya no podía verlo. Entonces, la gente le proponía que lo vendiera: “No ves el cuadro y no te aporta ningún beneficio. Podrías, por el contrario, comprar algo más conveniente para tu situación actual, como un aparato para escuchar música”. Él entendía el evidente sentido práctico

de la sugerencia, pero se acordaba del cuadro y comprendía también la infidelidad que cometería vendiéndolo. Pues, aun sin verlo, revivía lo que antes contemplaba al tenerlo cerca. Esta fidelidad al cuadro que ya no veía es nuestra fidelidad al esplendor matutino de nuestra vocación cuando, por disposición de la Providencia, ya no la vemos. Y hay una gracia vinculada a aquel texto, por la cual se nos concede hacer vivo aquel pasado al rezar la oración».

Tal vez sea aún más consoladora la figura que utilizó durante una conversación: «La Oración de la Restauración representa una mirada hacia atrás en plena lucha, para ver si, en las dificultades del presente, por lo menos en el recuerdo de las venturas del pasado encontramos aire para respirar y continuar navegando». Y, en otra ocasión, explicaba el sentido de la oración imaginando la situación de un pobre prisionero, que al contemplar un extenso paisaje exclamase: «¡Qué maravilla! Aunque, por desgracia, sólo puedo verlo desde la ventana de mi celda. El panorama es hermoso y me encanta, pues me hace comprender la belleza de aquel tiempo en que cabalgaba al galope, en medio del esplendor de aquella verde pradera».

¿Cómo describir, sin embargo, todo el significado contenido en esas simples líneas? Es una oración destinada a atravesar los siglos y permanecer hasta el fin de los tiempos, siempre repetida y meditada, siendo consuelo y caricia maternal para los abatidos por la culpa o por la prueba, faro de seguridad para los desorientados, visión grandiosa para los que quieren elevarse por encima de la banalidad grisácea de una vida sin horizontes.

Oración simple y grandiosa, angélica y profética; oración de cruzados, oración mística; oración de rocío, emocionante y pungente, hecha para

conmover corazones de piedra; oración de contemplación, llena de significado y simbología; oración acompañada de dones y gracias, que contiene una fuerza misteriosa; oración bella, útil e indispensable, que señala el camino y conquista lo imposible; oración de perdón y de esperanza, restauradora de la inocencia perdida; oración de confianza y de alegría, que nos hace sentir el afecto de Nuestra Señora; oración pliniana, pensada para mover el Corazón Inmaculado de María. ♦



Reproducción

Esta plegaria nos hace disfrutar de nuevo, incluso en la prisión de nuestras miserias, de las maravillas que contemplábamos en la inocencia primaveral

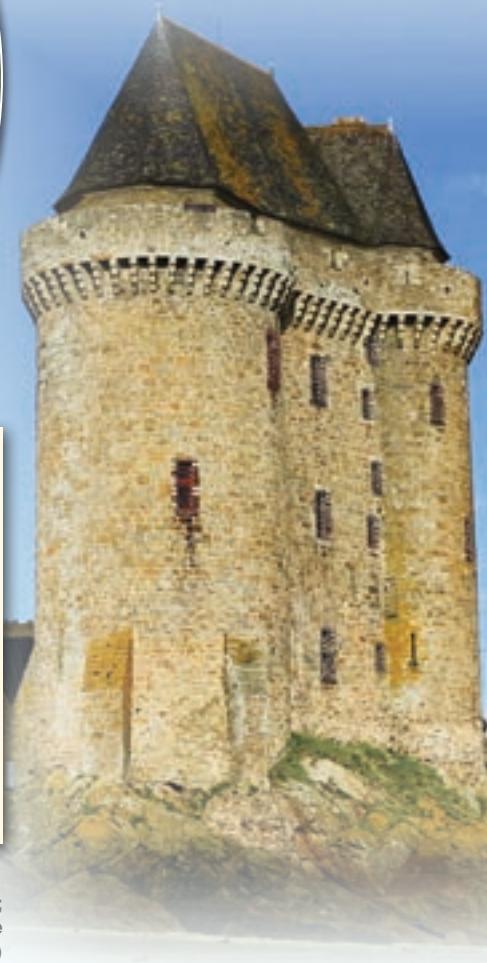
Torre Solidor, Saint-Malo (Francia);
arriba, ventana del castillo de Burghausen, Baviera (Alemania)

Extraído, con adaptaciones, de: *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plínio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. IV, pp. 243-251.

¹ Con tal expresión se refería el Dr. Plinio al resto de inocencia que, según afirmaba, permanecía en el fondo del alma de numerosas personas, a partir del cual, con el auxilio de la gracia divina, se podría operar la reconquista de aquellas almas hacia la virtud y el bien.

² En 1978, el Dr. Plinio le añadió este fragmento a la Oración de la Restauración, con el deseo de subrayar, aún más, las notas de la contrición y del arrepentimiento, concluyendo definitivamente su redacción.

³ Del francés: Gran Retorno.



Espectáculo para los ángeles y para los hombres

Padre de familia, militar e influyente juez, este varón singular tuvo la mirada continuamente puesta en el Cielo, sin descuidar nunca el cumplimiento de sus deberes concretos.

Fabio Henrique Resende Costa



Alpes suizos. Paisaje sobremanera encantador, alegre y tranquilo. En una de las laderas de los bellos montes escarpados, un pastor toca su cuerno para reunir al ganado. El sol ya se está poniendo. En la aldea, algo distante de allí, repican las campanas del Ángelus. El hombre se pone en actitud de oración durante unos minutos, en dirección al sonido del carillón. Tras concluir su plegaria con una ceremoniosa señal de la cruz, se marcha lentamente hacia los establos para guardar a los animales.

La figura de este varón llama la atención: de elevada estatura, delgado hasta el punto de parecer hecho solamente de piel y huesos, de tez bronceada, reluciente limpieza. Sus cabellos, marcados por el paso de los años, tienen un tono gris oscuro. Dos mechones de barba bajan ordenadamente desde el mentón. De este conjunto de rasgos destaca su mirada: profunda, serena, energética. A pesar de su

apariencia grave, hay en todo su ser una sobresaliente nota de sencillez.

Quien lo observa detenidamente percibe que, aun ocupándose de rebaños, posee una personalidad inusual, propia de alguien bien instruido, de raciocinio agudo; además, sus gestos y modo de ser son propios de quien es hábil en el arte de la guerra.

¿Qué papel tendrá este curioso personaje en medio de las poéticas montañas del corazón de Suiza?

Desde temprana edad, Nicolás manifestó una propensión hacia la meditación, así como ayunos, mortificaciones y penitencias rigurosas

Amor a la vida contemplativa y, sobre todo, a la voluntad de Dios

Se llamaba Nicolás y había visto la luz en marzo de 1417. Era natural de Unterwalden, que poco después formaría, junto con otros cantones, la Antigua Confederación Helvética, hoy Suiza.

Aunque sus padres fueran humildes campesinos, procuraban darle una educación muy superior a la que, en general, se le impartía a un futuro labrador.

Desde temprano, el niño dio muestras de inteligencia lúcida y fuera de lo común, además de una piedad admirable. Encantaba a familiares y amigos por su propensa índole a la meditación, siendo agraciado desde tierna edad por visiones místicas que lo invitaban a ello. Por otra parte, se mortificaba con gran seriedad, imponiéndose ayunos y penitencias que llegaban a preocupar a su madre, recelosa de que tales rigores le dañaran su salud.

Pese a verse fuertemente inclinado a la vida religiosa y contemplativa,



ante todo, quería hacer la voluntad de Dios. Así pues, contrajo matrimonio con Dorotea Wyzling, joven de carácter y piedad modélicos, con quien tuvo diez hijos. La esmerada formación religiosa y moral que la numerosa prole recibió de su padre era coronada con su propio ejemplo, porque, aun estando casado, Nicolás continuó amando el recogimiento y la oración. Lo ilustra una costumbre de la que su hijo mayor fue testigo, quien contaba que su padre se levantaba durante la noche, mientras todos dormían, para rezar.¹

Valeroso soldado promotor de la paz

La actual Suiza, desde tiempos remotos dividida en pequeñas provincias, se encontraba por entonces en un delicado y decisivo momento histórico. Las regiones que la componían, denominadas *cantones*, eran casi independientes unas de las otras y sufrían la disputada influencia de países vecinos, como Francia, Alemania o Italia, que luchaban —a veces por la vía diplomática, otras, a través de medios bélicos— para ganarse la simpatía del pueblo suizo, con vistas a anexar tierras, obtener soldados y aumentar su poderío.

Debido a esta situación, el joven Nicolás fue llamado en tres ocasiones a las armas: en 1436 y 1443, para luchar en el conflicto que la Historia llamaría la Antigua Guerra de Zúrich, y finalmente en 1460, en la guerra de la Turgovia.

Además de excelente soldado, reveló poseer un singular don diplomático en esas ocasiones, colaborando para establecer la paz entre los cantones y la consecuente formación de la nación suiza.

Sin embargo, conviene destacar un detalle: siempre combatía llevando en una mano la espada y en la otra, un rosario, demostrando con esto el verdadero valor del católico de cara a las dificultades y los enemigos.

Cabe señalar que fue en esa época cuando los helvéticos empezaron a ser reconocidos como notables guerreros, hasta el punto de pasar a proporcionar tropas mercenarias a una parte de Europa. Ejemplo digno de mención es el que ocurrió en enero de 1506,

cuando llegaron a Roma ciento cincuenta guardias suizos, quienes pasaron por la Porta del Popolo y se dirigieron a la plaza de San Pedro, donde fueron bendecidos por el Papa Julio II. Tal entrada solemne en la Ciudad Eterna constituyó la fundación oficial de la Pontificia Cohors Helvetica, la famosa Guardia Suiza, que escogería a San Nicolás de Flüe como uno de sus patronos oficiales.

Coronado de méritos, se mantuvo humilde

Al término de cada una de esas guerras, Nicolás regresaba a su casa. Lejos de entregarse a una vida pacata y mediocre, disfrutando de forma egoísta de la agradable convivencia familiar, se ponía al servicio de sus



Pakeha (CC by-sa 4.0)



Ikiwaner (CC by-sa 3.0)

*La formación
religiosa dada por
Nicolás a sus hijos
estaba coronada con
su propio ejemplo
de piedad y amor
al recogimiento*

Fachada e interior de la casa de San Nicolás de Flüe, Sachseln (Suiza). En la página anterior, San Nicolás de Flüe - Iglesia de San Blas, Mammern (Suiza); al fondo, vista del Matterhorn, Alpes suizos

conciudadanos, orientándolos y ayudándolos en todo lo que estuviera a su alcance. De tal manera era su sabiduría y su equilibrio para resolver las cuestiones que le presentaban que, en cierta ocasión, quisieron nombrarlo alcalde, pero no aceptó, alegando la sencillez de su origen. Además de despreciar las glorias mundanas, manifestaba así su respeto por las personas de condición más alta del cantón, a las que sinceramente consideraba mejor instruidas y dotadas de mayores capacidades para gobernar.

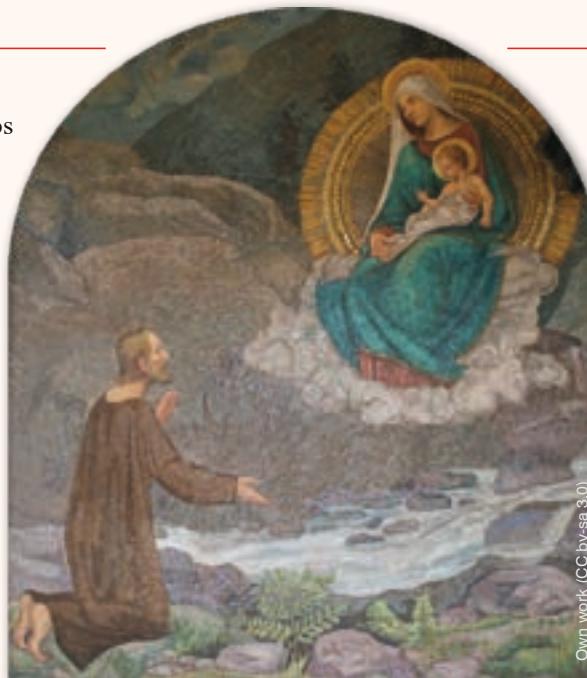
¡Qué ejemplo de modestia! En efecto, los hechos de la vida de los santos están cimentados en la humildad, madre de todas las virtudes. Lo que la soberbia niega y destruye, la humildad reafirma y consolida.

No obstante, debido a las insistentes peticiones del pueblo, acabó aceptando los cargos de juez y consejero cantonal, a través de los cuales continuó ejerciendo una piadosa y ejemplar influencia en la región, con inviolable buen trato, caridad y concienzudo discernimiento.

Según sus más antiguos biógrafos, renunció a esas funciones públicas después de un juicio injusto en el cual sus energéticas intervenciones no surtieron efecto alguno sobre los demás jueces, que se mostraron rígidamente parciales y emitieron una sentencia fraudulenta.

Un aviso del Cielo

En el ejercicio de sus diversas actividades, como padre de familia, soldado y juez, la gran preocupación que guiaba a Nicolás era la perfección en la virtud y la meditación de los misterios sobrenaturales, hacia los cuales lo atraían las visiones místicas que nunca lo dejaron a lo largo de la vida.



Own work (CC by-sa 3.0)

San Nicolás de Flüe en una visión
Iglesia de San Teodoro, Sachseln (Suiza)

La perfecta unidad de su vida consistía en armonizar la libertad natural y eterna con la celestial y sobrenatural

Sintiéndose llamado por Dios a alcanzar un nivel más angélico que humano, empezó a dedicarse al pastoreo, empleando las horas de quietud en el campo para elevar la mente hacia las realidades celestiales, dejándose absorber por ellas en su tabernáculo interior.

Cierta vez, mientras estaba guardando el rebaño, vio místicamente un maravilloso lirio que salía de su propia boca y se erguía hasta las nubes y después caía sobre la tierra y era devorado por un caballo. Nicolás entendió que se trataba de un aviso de la Providencia: su vida aún estaba tomada por excesivos cuidados materiales. Dios

quería acercarlo más a sí y, para eso, le concedía gracias insinuantes; las preocupaciones humanas, no obstante, enseñada lo obligaron a volverse hacia la tierra y abandonar la contemplación.

No deja de ser alentador el conocer que un santo pasó por esas dificultades, común a cualquier hombre cuando se siente atraído por las maravillas espirituales. Por haberse amparado en el auxilio divino y, sin duda, haber recurrido a la intercesión de la Virgen, es por lo que hasta hoy «Nicolás de Flüe personifica en sí, de manera admirable, la armonía de la libertad natural y terrena con la libertad celestial y sobrenatural. En esto consiste precisamente la unidad perfecta de su vida, aparentemente tan múltiple y diversa. He aquí como, auténtico suizo del siglo XV y, por su educación, su vida y su carácter, hombre de la Edad Media, es, sin embargo, digno de ser propuesto como ejemplo y modelo a todos los cristianos y, en particular, a los hombres de nuestro tiempo».²

El llamamiento decisivo

No obstante, Dios le pidió a San Nicolás una entrega especialísima, que solamente le quedó clara después de meditar mucho: ¡debía abrazar la completa soledad! Así pues, obtuvo de su esposa el consentimiento para vivir como ermitaño y salió de la convivencia con ella y sus diez hijos, conforme le inspiró el pasaje del Génesis que dice: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré» (12, 1). El Cielo debería ser su única familia.

Entonces se fue a vivir a una choza cuyas medidas no excedían su estatura. A lo largo de años —veinte, según algunos autores— se alimentó únicamente de la sagrada eucaristía, recibida una vez al mes.

Pese a estar ubicado en un sitio apartado, sus conciudadanos y familiares pronto lo descubrieron y supieron respetar su nuevo estilo de vida, aunque no quisieron dejar de beneficiarse de sus virtudes. Se fue volviendo cada vez más amado y venerado por aquellos que lo buscaban para pedirle consejos, oraciones y orientaciones. En algunas ocasiones incluso tuvo que abandonar su amada soledad para resolver las disputas entre los cantones helvéticos, como ocurrió en las negociaciones que dieron lugar al convenio de Stans, firmado en diciembre de 1481. En esta, como en las demás intervenciones, la paz se restableció gracias al hoy conocido como *padre de la patria*.

Merece ser destacado el éxito que San Nicolás lograba en ese tipo de misiones al evitar derramamiento de sangre entre cristianos y promover la unión de quienes deberían estar juntos bajo una misma bandera. Exento de todo rastro de hipocresía o falsedad, respondía a las cuestiones de una manera muy sencilla y puntual, con extraordinaria serenidad de alma.

Aunque existe cierta concepción sentimental según la cual un varón justo nunca ha de tener miedo de morir, santos hubo, y muchos, que vieron llegar la muerte con pavor, pero buscaron su consuelo en Dios, y a Él entregaron su alma en medio de una gran serenidad. Es lo que le sucedió a San Nicolás cuando sintió que su fin se acercaba. Gimiendo en medio de dolores atroces, llegó a excluir: «¡Qué terrible es la muerte!». Si bien que se sabía fuerte por estar unido a Dios y, tras haber recibido piadosamente el viático, exhaló tranquilamente su último suspiro.

Aunque viviera retirado, todos querían beneficiarse de sus virtudes y lo buscaban para pedirle consejos y oraciones

Ejemplo en la lucha contra el mal

El fiel que visite la iglesia de Sachseln, comuna suiza del cantón de Obwalden, podrá contemplar bajo el altar una imagen de plata en cuyo interior se conservan los restos mortales del «hermano Klaus», así llamado por sus compatriotas de antaño y de ahora. Antiguamente existía la costumbre entre los soldados helvéticos de depositar allí las insignias que habían conquistado en las batallas. Gesto de especial nobleza y elevación, pues, como señala el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, «el héroe que se quita la condecoración del pecho para honrar al santo, su antepasado, da a entender que es más hermoso descender de San Nicolás que estar cubierto con todos los honores de la tierra».³

Elevado a los altares el 15 de mayo de 1947, San Nicolás de Flüe se convirtió en el patrón principal de Suiza, donde su solemnidad litúrgica se celebra el 25 de septiembre.

Espectáculo de amor para los ángeles y de admiración para los hombres, este varón singular tuvo los ojos continuamente puestos en el Cielo, sin desviar nunca el cumplimiento de los deberes concretos que le correspondían. Que su vida sea estímulo para nuestra flaqueza al enfrentarnos a la inestable situación a la que está sujeto todo hombre en este mundo, y su lucha incansable contra sí y contra las disensiones internas de su país sirva de modelo en las batallas contra el enemigo infernal, pues solamente la santidad, de la cual el Rosario es un arma inseparable, puede hacerle frente y transformar la Historia. ♦

Reproducción



La mediación de San Nicolás es solicitada para resolver luchas entre los cantones helvéticos - Crónica de Lucerna, por Diebold Schilling

¹ Cf. BAUD, Philippe. *Nicolas de Flue. Un silence qui fonde la Suisse*. Paris: Du Cerf, 1993, p. 32.

² PÍO XII. *Discurso a los peregrinos suizos llegados a Roma para la canonización de San Nicolás de Flüe*, 16/5/1947.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Um guerreiro perfeito. In: Dr. Plinio. São Paulo. Año XXI. N.º 240 (mar, 2018); p. 30.

El hombre ambiciona la divinidad, Dios se sujetó a la humanidad

Al analizar la historia de la salvación, sus líneas pueden parecer torcidas al ser consideradas con ojos humanos. Basta, no obstante, elevarnos a la perspectiva divina para que en ellas descubramos un armonioso himno de gloria al Creador.



Fernando Joaquim Costa Mesquita

Al contemplar el mundo que nos rodea, nos puede surgir una pregunta: si Dios es el Artífice de todo el universo, ¿por qué no lo hizo más perfecto? Cuán más hermosa sería una Creación sin fallos ni defectos: piedras preciosas que estuvieran a la luz del sol y no escondidas bajo la tierra, árboles dispuestos a inclinarse ante las personas para ofrecerles sus deliciosos frutos, animales de coloridos paradisíacos enteramente obedientes a la voluntad humana, hombres más virtuosos que aquellos con los que vivimos...

Sin embargo, reza la teología que Dios siempre hace lo más perfecto. Y Santo Tomás de Aquino explica que, a pesar de esas lagunas, la Creación no podría ser más excelente en su conjunto: «El universo, partiendo de lo que ahora lo integra, no puede ser mejor, ya que el orden dado por Dios a las cosas, y en el que consiste el bien del universo, es insuperable. Si fuese mejor, se rompería la proporción de orden; como la melodía de una cítara se rompe si una cuerda se tensa más de lo debido».¹

Una aparente «mancha» en la Creación

Por más que esa verdad sea irrefutable, en la historia de la Creación parece que hubiera una mancha algo incómoda a nuestros ojos, aún más si consideramos sus consecuencias: el pecado original.

En el principio Dios colocó al ser humano en el paraíso, donde todo era más bello, más armónico, en una palabra, más perfecto. No obstante, nuestros primeros padres merecieron ser expulsados de allí por un acto de desobediencia y, hasta hoy, sus descendientes sufren los efectos de aquella transgresión. El Creador quiso establecer la humanidad en el Edén, pero ella se arrojó por su propia culpa al exilio.

La falta del primitivo matrimonio representaría, pues, una desproporcional y continua «desa-

finación» en la gran cítara de la Historia. Dios, por su infinita justicia, quedó como «obligado» a mantener el destierro impuesto a Adán y Eva y éste pasó a ser un memorial indeleble de su primera «derrota»...

Ahora bien, pensar esto podría constituir incluso una blasfemia. Dios



A la vista de los efectos del pecado de nuestros primeros padres, parece que hubiera una mancha sin solución en la obra de la Creación

Adán y Eva - Catedral de San Miguel y Santa Gúdula, Bruselas

jamás será el eterno derrotado. Tal título es el estigma exclusivo de Satanás.

Entonces, ¿qué hizo el Altísimo para revertir ese cuadro?

Dios se sirve de las mismas armas de la serpiente

Afirma San Juan Crisóstomo: «Cristo venció al demonio valiéndose de las mismas armas con que éste se había revestido; con ellas lo derrocó. Una virgen, un leño y la muerte fueron los signos de nuestra ruina. La virgen fue Eva, porque aún no había conocido varón; el leño fue el árbol; la muerte, la amenaza hecha a Adán. Pero he aquí como esos tres símbolos de nuestra derrota, la virgen, el leño y la muerte, se convirtieron ahora en signos de victoria. Porque en lugar de Eva, está María; en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal, está el árbol de la cruz; y en vez de la muerte de Adán está la muerte de Cristo.²

De esas tres armas, destaca de cierta manera María Santísima. Dios quiso su concurso para obrar la Encarnación. Ahora bien, si no hay Encarnación, no hay Redención. De modo que —repitiendo la trilogía de San Juan Crisóstomo—, sin la Virgen no existiría ni el leño ni la muerte.

Diríjámonos, entonces, a esa arma poderosísima, de la cual Dios se sirvió para vengar el pecado original.

La nueva Eva

«Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven» (Gén 3, 20). Madre, es verdad, pero engendró vivos para la naturaleza y muertos para la gracia.³ Por lo tanto, la primera Eva no correspondió fielmente al significado de su nombre, al introducir la muerte en la tierra. La segunda, sin embargo, restauró ese designio, engendrando vivientes para la gracia.⁴ Así que, con toda propiedad Nuestra Señora puede ser llamada la nueva Eva.

Desde los tiempos de la Patrística, la Iglesia vio en la figura de María un vínculo profundo con la de Eva. «Como la



El advenimiento de María restauró en plenitud la misión no correspondida por Eva

Inmaculada Concepción, por Francisco Antonio Vallejo - Museo de Arte, Santiago de Querétaro (México)

muerte entró por medio de una mujer, convenía que la vida retornara también por medio de una mujer. Una, seducida por el diablo mediante la serpiente, hizo probar al hombre el gusto de la muerte; la otra, instruida por Dios mediante el ángel, dio a luz al mundo al Autor de la salvación»,⁵ afirma San Beda.

Dos espíritus angélicos se comunican con dos vírgenes: la primera causa la expulsión del hombre del paraíso terrenal; la segunda engendra a aquel que le abrirá a la humanidad las puertas del Paraíso celestial. ¡Cuánta correspondencia y cuánto antagonismo en esos dos coloquios, que determinaron, cada uno a su modo, los destinos de la humanidad!

Consideremos algunos aspectos de ese paralelismo entre la Anunciación del arcángel Gabriel a la Virgen María y el diálogo de la serpiente con Eva en el jardín del Edén.

«Alégrate, llena de gracia»

El relato de la Anunciación hecho por San Lucas comienza con la conocida salutación angélica: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (1, 28). Estas cortas palabras, repetidas piadosamente a lo largo de los siglos, se volvieron inspiración de músicos y artistas, gozo de los ángeles, terror de los infiernos; no obstante, al ser oídas por la humildísima Virgen, fueron motivo de sobresalto: «¿Qué elogio inaudito será ese?».

La santa turbación de María, que le confirió en su corazón el sentido más profundo de aquel saludo, se contrapone al hecho de que Eva creyera fácilmente en las palabras engañosas de la serpiente y no le pidiera auxilio o explicaciones a Adán.⁶

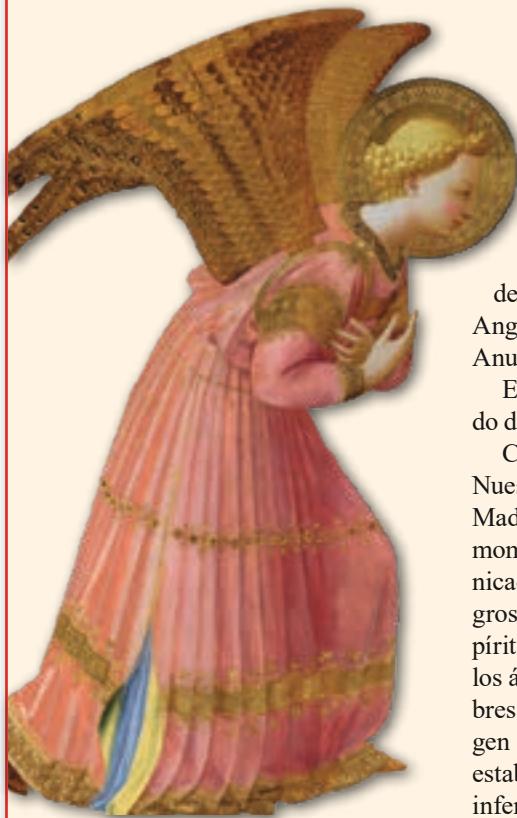
El ángel prosiguió: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios» (Lc 1, 30). Aquella que no se juzgaba digna de ser la esclava de la Madre del Mesías era, en realidad, la única criatura que lo había complacido.

Dos promesas

Después del saludo, el arcángel Gabriel le comunicó el objeto de su embajada: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 31-33). ¡Qué promesa!

Otrora también la serpiente le había hecho una promesa a Eva: «Se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal» (Gén 3, 5).

Dos dádivas son anunciadas, ambas atrayentísimas. Una, astuta y engañosa: ser como dioses. La otra, sublime, veraz y, en último análisis, muy superior: ¡engendrar al mismo Dios! A fin de cuentas, ¿qué significa la vaga propuesta de ser como Dios en comparación con la posibilidad



La serpiente fue pisada y aplastada de modo avasallador en ese sublime misterio de la fe cristiana

Sentido de jerarquía y

Apartir del sublime acontecimiento de la Anunciación, podríamos deducir dos perfecciones del espíritu de San Gabriel, a mi ver muy destacados en los cuadros de Fra Angélico que retratan la escena de la Anunciación.

En primer lugar, un notable sentido de la jerarquía.

Cuando San Gabriel se dirigió a Nuestra Señora, Ella aún no era la Madre de Dios. Empezó a serlo en el momento en el que aceptó la comunicación y, en consecuencia, la milagrosa y fecunda intervención del Espíritu Santo. Como, por naturaleza, los ángeles son superiores a los hombres, hasta el instante en que la Virgen pronunció el «*fiat*», San Gabriel estaba dirigiéndose a alguien que era inferior a él, aunque la estuviera invitando a ser su Reina.

Por otra parte, el mensaje que traía significaba una tal predilección de

Dios por Nuestra Señora que la situaba por encima del paralelo con cualquier ángel, por muy elevada que fuera la categoría de éste, incluyendo a San Gabriel. De donde el singular sentido de jerarquía que lo vemos manifestar, y que Fra Angélico expresa de modo insuperable en sus frescos: es el ángel imbuido de respeto profundo y de una entrañable veneración por Nuestra Señora, como quien toma la superioridad de su propia naturaleza y la pone abajo, a causa de esa grandeza de la misión de María. A su vez, Nuestra Señora le responde al ángel también inclinada y con toda deferencia, porque recibía el mensaje de Dios y porque como criatura humana, era inferior al ángel.

El episodio tiene el perfume de un mundo de respeto mutuo, de superioridades recíprocas, en las cuales Nuestra Señora acaba siendo incomparabilmente mayor que el ángel, indicando bien el sentido de jerarquía inclui-

de abarcar en su claustro a aquel que contiene en sí todo el universo?

Ante esto, diversas son las reacciones. La primera Eva se deslumbró con el agradable aspecto del fruto del árbol (cf. Gén 3, 6) y deseó comerlo, aunque ello constituyera una transgresión al mandato divino. María, pensando en la obediencia a su voto de virginidad, preguntó: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?» (Lc 1, 34).

San Gabriel ciertamente se quedó estupefacto ante el altísimo grado de pureza —la virtud angélica— que María poseía.

La sombra del Paráclito

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35).

Mientras Eva procuraba en las tinieblas del pecado la luz para conocer el bien y el mal, María, deseando ofuscar su persona, se dejó cubrir por la sombra del divino Paráclito, atrajo hacia Ella el Espíritu de Dios —llamado también *Luz Beatísima*— y sorbió sus siete dones.

En la Anunciación «la sagacidad de la serpiente fue vencida por la simplicidad de la paloma».⁷ El aletear de ésta triunfó sobre el rastrear de aquella. Dios en forma humana nacería de Nuestra Señora sin concurso de varón, para restaurar la armonía del género humano.⁸

Un brillo todo divino refulge en la Creación

Como consecuencia del primer pecado, Dios castigó a Adán maldiciendo la tierra: «Maldito el suelo

por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinos» (Gén 3, 17-18). En María, la «tierra bendita y sacerdotal», Jesús «fue el carbón que encendió a los cardos y espinos. Él habitó en el seno y lo purificó; Él santificó el lugar de los dolores del parto y de las maldiciones».⁹

«*Fiat mihi secundum verbum tuum*»: con esta respuesta al anuncio del arcángel la divinidad buscada por Eva en la desobediencia pasó a habitar en María por la sumisión. Si en el paraíso terrenal el hombre quiso ser Dios por orgullo, desde toda la eternidad Dios quiso hacerse hombre por ser la Humildad en esencia.

«Ahora bien, fue la Virgen María, con su disponibilidad y obediencia, la que introdujo en el centro de la obra divina a la Criatura cumbre y mode-

exaltación de la virginidad

do en ese acto. Y, conviene subrayarlo, sentido de jerarquía y de disciplina opuesto al *non serviam* de Satanás.

A este alto sentido de jerarquía podemos añadirle otro aspecto: una como castidad celestial. Al dirigirse a la Virgen de las vírgenes para anunciarle que será madre sin dejar de ser virgen, San Gabriel hace una esplendorosa exaltación de la virginidad, además de revelar una especie de obra maestra de pureza realizada por Dios: ante este hecho tan inmenso de la Encarnación, Nuestro Señor decidió violar todas las reglas de la naturaleza para salvar la virginidad perfecta de Nuestra Señora, y confirió una nueva gloria al género humano, haciendo de Ella Esposa del divino Espíritu Santo y Madre de un Hijo engendrado milagrosamente, sin concurso de hombre.

San Gabriel estaba, pues, incumbido de traer a la tierra el mensaje que es una de las más grandes glorificaciones de la castidad ya conocidas en

la Historia. No será difícil comprender, por tanto, el vínculo todo especial con la virtud de la pureza que ese arcángel debería tener.

Sentido de jerarquía, de disciplina, humildad, vinculación con la pureza y la virginidad, virtudes del embajador divino, contrarias al orgullo y a la «sensualidad» del demonio, enemigo irreconciliable de Dios y de Nuestra Señora. La antigua serpiente fue pisada y aplastada de modo avassallador en ese sublime misterio de la fe cristiana. Y si Fra Angélico añadiera en su pintura el detalle de la cabeza del demonio bajo los pies de San Gabriel, retrataría un hecho profundamente real. ♦

CORRÊA DE OLIVEIRA,
Plinio. O Arcanjo da
Anunciação. In: *Dr. Plinio*.
São Paulo. Año VI. N.º 60.
(mar, 2003), pp. 18-19



Reproducción

«La Anunciación», de Fra Angélico
Museo del Prado, Madrid

lo arquetípico de todo lo que existe, del que todo fluye».¹⁰ A partir del santo coloquio de Nuestra Señora con San Gabriel, «la Creación se iluminó con un brillo divino, por los méritos de María Santísima».¹¹

El «*fiat*» de María determinó el definitivo aplastamiento de la antigua serpiente, así como de sus frustradas tentativas de victoria. Se cumplía así

la profecía: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gén 3, 15).

Adaptando la metáfora de Santo Tomás empleada al inicio de este artículo, si la Creación fuera una composición musical diríamos que el diálogo de Eva significó una disonan-

cia, resuelta en el armonioso acorde de la Anunciación.

Si omitimos este maravilloso hecho, la historia pasada, e incluso la futura, se parece a líneas torcidas, en las cuales Dios escribe; pero, cuando lo consideramos, vemos el armonioso y rectilíneo homenaje que se le rinde al Creador y Redentor a través de la Creación. ♦

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 25, a. 6, ad 3.

² SAN JUAN CRISÓSTOMO. *De cæmeterio et de cruce*, n.º 2: PG 49, 396.

³ Cf. PEDRO CRISÓLOGO. Sermón 140. In: JUST, Arthur A. (Org.). *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia*.

⁴ Cf. SAN GUERRICO ABAD. *In Assumptione Beatae Mariæ. Sermo I*, n.º 2: PL 185, 188.

⁵ SAN BEDA. Homilías sobre los Evangelios, 1, 3. In: JUST, op. cit., p. 57.

⁶ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado*

⁷ SAN IRENEO DE LYON. *Contra las herejías*, 5, 19, 1. In: JUST, op. cit., p. 63.

⁸ Cf. ANÓNIMO. Himno sobre la Anunciación. In: JUST, op. cit., p. 59.

⁹ SAN EFRÉN DE NÍSIBE. Comentario al *Diatessaron*, 1, 25. In: JUST, op. cit., p. 61.

¹⁰ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. ¿María sería capaz de restablecer el orden del universo? In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, v. VII, p. 69.

¹¹ Ídem, ibidem.

El premio de los que tienen fe

Todo lo que conquistamos con sacrificios se reviste para nosotros de un valor mayor que si hubiera sido fácil...

Los hechos narrados a continuación muestran cómo, incluso de cara a los problemas más perturbadores, jamás debemos dejar de recurrir a nuestros intercesores celestiales.

«Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra» (Gén 1, 28), les preceptuó el Señor a nuestros primeros padres, certificando hasta qué punto la generación de la prole es el principal objetivo de la institución del Matrimonio. Por eso, bien podemos imaginar lo duro que es para una pareja temerosa de Dios verse privada de la hermosa dádiva de la descendencia, como le sucedió a María Izabel Silva da Costa Cézar, residente en Cuiabá (Brasil).

Una petición aparentemente no atendida

Siendo la benjamina de la familia, con sus cuatro hermanas casadas y con hijos, desde hacía tiempo veía cómo se frustraban una tras otra todas las esperanzas de concebir su primer hijo. Entonces decidió consultar a un especialista, el cual solicitó varias pruebas a fin de detectar el motivo de tal incapacidad. Pasaron tres largos años de tratamiento y, sobre todo, de promesas, peticiones a la Virgen, oraciones y Misas por esa intención, sin resultado alguno.

Cierto, no obstante, una nueva luz brilló en su vida: oyó hablar de los numerosos favores alcanzados por inter-

cesión de Dña. Lucilia y de la manera tan bondadosa con la que esta señora atendía a todos los que, con humildad y confianza, recurrián a ella. Sintió enseguida en su interior el impulso de pedirle también su auxilio para obtener la tan anhelada gracia. A fin de cuentas, si ya había ayudado a tantas personas, no iba a dejar de hacerlo con ella.

De modo que empezó un auténtico maratón de oraciones a Dña. Lucilia. Era tal la confianza en su bondad que le prometió interiormente a su nueva protectora que si se quedaba embarazada le rendiría homenaje poniéndole a su hijo el nombre de Plinio.

Se pasaba los días en oraciones, acompañadas de muchas lágrimas, principalmente cuando el transcurso de los meses parecía indicarle que sus plegarias no serían escuchadas.

Gracia condicionada a un paso en la vida espiritual

En esta angustiosa expectativa, María Izabel sintió durante la acción de gracias en una Misa como si alguien le sugiriera que le hiciese una ofrenda a Dios antes de que vieran atendida su petición. Luego prometió que, si se quedaba en cinta pronto, distribuiría canastas básicas alimen-

tarias entre los necesitados. Aunque transcurrió otro mes sin que le fuera concedida la deseada dádiva.

Al percibir que esa no era la mejor oferta, cambió la promesa: en lugar de dar alimentos, rezaría unos Rosarios a favor del esperado hijo. Pasó un mes más y no fue atendida.

Ante la sospecha de que no estuviera haciendo el ofrecimiento correcto, le pidió ayuda a su ángel de la guarda. Y fue bien orientada, pues le prometió a Dios que, si se quedaba embarazada ese mes, jamás volvería a vestirse con ropa que hiere la virtud de la santa modestia. Detalle expresivo: en ese mismo instante, una fuerte emoción invadió su corazón, hasta el punto de no contener las lágrimas, dándole la certeza de que, por fin, había encontrado la proposición adecuada.

A finales de aquel mes, se hicieron sentir los signos de la concepción y poco después recibió la confirmación de que, finalmente, Dios había escuchado su plegaria por intercesión de Dña. Lucilia.

Gracias a esta bondadosa señora, María Izabel tuvo un hijo y, sobre todo, le pudo ofrecer al Señor un regalo que realmente le agradara y que cambiaría su vida.



Elizabeth Fátima Talarico Astorino

En este hecho comprobamos, una vez más, cómo la bondad de Dña. Lucilia se extiende a todos los casos, pero a menudo guía maternalmente al beneficiario a que dé un paso en la vida espiritual. Como fiel reflejo de la generosidad de María Santísima, no sólo atiende las peticiones, sino que ayuda a conseguir de la Divina Providencia las gracias que muchas veces no sabemos pedir.

«Temiendo por su alma, lo encomendé a Dña. Lucilia»

R. E. P. M., residente en Mairiporã (Brasil), atravesaba una angustia similar a la narrada más arriba, si bien por una razón diferente. Su hijo vivía solamente con la madre desde su nacimiento, sujeto a una vida inestable, tanto en materia de principios como emocionalmente; además, aún no había sido bautizado. Sin embargo, cuando el chico tenía ya 6 años, la madre decidió entregarlo al cuidado paterno. «Inmediatamente dispuse que el niño recibiera el sacramento del Bautismo y le enseñé las primeras oraciones, las cuales aprendió con mucho empeño», cuenta el padre.

Ahora bien, cuando esas gracias empezaron a dar frutos prometedores, se vieron interrumpidas por una nueva separación: «Nuestra convivencia duró únicamente diez meses, porque al ver que su hijo progresaba en la religión católica y principalmente en la devoción a la Virgen, la madre tuvo un repentino ataque de ira y se lo llevó con ella de vuelta». Esta vez, el niño fue trasladado a otro estado sin el consentimiento del padre, que lo confió a la protección del Cielo: «Ignorando dónde estaba y temiendo por su alma, lo encomendé a Dña. Lucilia, la cual, desde que la vio por primera vez en una foto, la tomó por madre».

La aflicción aumenta

Después de dos meses sin noticias, un día recibió una llamada de la madre del niño exigiéndole, con una inexplicable furia, que comprara enseguida un billete para ir a recoger a su hijo, de lo contrario, lo abandonaría. «Rápidamente traté de prepararlo todo», prosigue el dedicado padre, «pero para llegar al lugar adonde estaban sólo había vuelos con escala. Comprar un pasaje tan intempestivamente sería algo costoso y los vuelos estaban llenos».

No obstante, Dña. Lucilia ya estaba arreglándolo todo incluso antes de que él se diera cuenta. Buscando entre distintas compañías aéreas, encontró un precio bastante asequible y con el tiempo de transbordo ideal.

R. E. P. M. continúa su relato: «Cuando volvió a mi cargo, solicité

A finales de aquel mes, se hicieron sentir los signos de la concepción: Dios había escuchado su oración por intercesión de Dña. Lucilia

cuanto antes la custodia, para que mi hijo no estuviera a merced de semejante clima emocional, tan perjudicial para su formación. La audiencia quedó fijada diez meses a partir de ahí y, para garantizarme que la madre no se lo llevara nuevamente, logré la custodia provisional».

De este modo, le fue garantizado legalmente cuidar de la educación moral y espiritual del niño durante ese período. Tras frecuentar las clases de catecismo en una de las casas de los Heraldos del Evangelio, pudo recibir por primera vez a Nuestro Señor en el sacramento de la Eucaristía. Cada día crecía más su devoción a Dña. Lucilia y le pedía la gracia de no volver a la situación anterior.

«Llegado el día de la audiencia», prosigue la narración, «la abogada me comunicó que duraría tan sólo unos veinte minutos, pues se trataba de una conciliación. Si la madre estaba de acuerdo en cederme la custodia del niño, el problema estaría resuelto. Pero eso era prácticamente imposible, porque, a pesar de tener todas las pruebas a mi favor, ella alegaba que el niño le había sido “arrebatado” en un momento de fragilidad y dejá-



María Izabel Silva da Costa Cézar con su esposo e hijos

Reproducción

ba claro que no aceptaba la formación religiosa que nuestro hijo estaba recibiendo. Si no estaba de acuerdo, el juez daría seguimiento al proceso, con la admisión de pruebas, declaración de testigos, visitas de un asistente social, etcétera».

La intervención de Dña. Lucilia se hace sentir

El encuentro, que en teoría iba a durar solamente veinte minutos, se prolongó dos horas... Irreductible, la madre no estaba de acuerdo en cederle la custodia. El mediador intentaba con paciencia convencerla de lo contrario, para sorpresa del padre, el cual sabía que difícilmente la ley le quita un hijo a su madre, aunque éste viva en un ambiente dañino para su formación.

Ocurrió, finalmente, un inesperado desenlace, como narra R. E. P. M.: «Después de muchas negativas, al oír al mediador decir que el proceso seguiría con la fase de instrucción, las pruebas y otras diligencias, la madre cambió enseguida su discurso, alegando que, como yo era un buen padre, sería mejor para el niño que se quedara conmigo».

R. E. P. M. no tiene duda de que entró una acción muy fuerte de Dña. Lucilia, que desde el principio fue despejando el terreno para obtenerle tal gracia. Como madre, sabía muy bien cuán grande era el tormento por el cual estaba pasando y, recelando que el pequeño se adentrara por el mal camino que el mundo ofrece, ciertamente suplicó el auxilio del Sagrado Corazón de Jesús.

Una operación en el cerebro, superada con ánimo y serenidad

La maternal intercesión de Dña. Lucilia también se sintió en Perú, conforme lo relata Solange Calero Chávez.



Reproducción

Solange Calero Chávez (a la derecha) con su hermana, Yiceth Aissa Calero Chávez

Se recuperó completamente e incluso otras complicaciones surgidas durante la convalecencia fueron vencidas con serenidad y ánimo

Nos cuenta que un día su hermana Yiceth Aissa Calero Chávez le pidió que la acompañara a la clínica, porque tenía dolores de cabeza y náuseas. Al notarla realmente abatida, de inmediato, Solange confió el caso a Dña. Lucilia. El médico la examinó y pidió una tomografía, a fin de descubrir la causa de aquel malestar.

Pero al día siguiente se le inflamaron los ganglios, lo que le aumentó los dolores. No conseguía siquiera tomar agua, ni podía acostarse. Al enterarse de ese empeoramiento, Solange se puso a rezarle a Dña. Lucilia con más ahínco e insistencia, rogándole que protegiera a su hermana.

En la fecha indicada, ambas fueron al laboratorio a recoger el resultado de la tomografía y se toparon con una noticia muy preocupante: el diagnóstico indicaba que había un tumor cerebral, cerca de la zona ocular. Sin embargo, en la consulta con el especialista ya se notaba la maternal intervención de Dña. Lucilia, pues dijo que todo apuntaba a que se trataba de un tumor benigno y que sería posible realizar una intervención por vía nasal, de modo a evitar la lesión de algún nervio.

Después de nuevas pruebas, el médico confirmó que, de hecho, no había señales de malignidad y comentó con Yiceth: «¡Usted tiene un ángel que la custodia!».

No obstante, aún tendría que pasar por una operación para extraerle la neoplasia. La intervención duró cuatro horas, durante las cuales Solange le pedía con confianza a Dña. Lucilia que amparara a su hermana. Acabado el procedimiento, el médico le explicó a la familia que la operación había sido complicada, pues no había hecho más que llegar al punto donde estaba el tumor, cuando éste reventó, haciendo necesario sacar con sumo cuidado el material, sin tocar ningún nervio. «Un día más de espera y habría sido fatal», concluyó.

Otras complicaciones aún le esperaban a Yiceth durante la convalecencia, pero todas fueron vencidas con serenidad y ánimo, gracias a la ayuda de Dña. Lucilia. Se recuperó totalmente y dejó el hospital sin ninguna secuela.

Detección de un cáncer linfático

Jaison Jeferson Küster, miembro de los Heraldos del Evangelio, también nos cuenta cuán grande es su gratitud para con Dña. Lucilia, prin-

cipalmente tras haber sido objeto de su intercesión ante Dios.

Desde hace tiempo, nos dice, le diagnosticaron un cáncer linfático en su fase más avanzada. El número de tumores era espantoso: quince, todos malignos y ya estaba en la última etapa. Los hematólogos calcularon doce sesiones de quimioterapia y otras quince de radioterapia, para intentar salvar la vida del paciente.

Consciente del grave estado de salud en que se encontraba, Jaison resolvió recurrir a Dña. Lucilia. Al comienzo del tratamiento se dirigió a su tumba en el cementerio de la Consolación, situado en São Paulo. Tras un momento de bendecida y reconfortante oración, se le ocurrió coger algunas de las rosas que adornan la tumba para hacer un té con los pétalos, como peculiar método de confiar su curación a quien consideraba, a justo título, como madre espiritual.

Un «remedio» diferente

Sabía muy bien que no podía encontrar en un simple té de pétalos de rosas los elementos medicinales para la curación de cualquier enfermedad, mucho menos quince tumores cancerígenos en su fase más avanzada. Sin embargo, tenía fe de que por aquel senci-



Jaison Jeferson Küster,
junto a una foto de Dña. Lucilia

El médico no se lo podía creer: en tan sólo dos meses de tratamiento, ¡Jaison estaba completamente curado de quince tumores malignos!

llo gesto practicado a la manera de una novena —pues lo estuvo tomando durante nueve días—, obtendría de Dios, por la intercesión Dña. Lucilia, la anhelada curación.

Después del primer ciclo de quimioterapia, el hematólogo responsable por el caso le pidió que se hiciera una nueva prueba PET CT SCAN, a fin de valorar los efectos del tratamiento. Al analizar los resultados, el médico no se lo podía creer: en tan sólo dos meses de tratamiento, ¡Jaison se había curado completamente de los quince tumores malignos!

* * *

A veces Dios nos envía determinadas pruebas, enfermedades y adversidades para enseñarnos a mirar al Cielo, pedir la ayuda de los bienaventurados que allí gozan de la visión beatífica y esperar el auxilio que, según sus sapienciales designios, descendrá hasta nosotros.

Así, habiendo tomado conocimiento de esos milagrosos favores que Dña. Lucilia con tanta bondad viene alcanzándoles a los que recurren a ella, tengamos también nosotros la certeza de que, por muy insoluble que pueda parecer nuestra situación, con su ayuda llegaremos al puerto seguro de la salvación. ♦

A collage of images on a purple background. It includes a large portrait of Dona Lucilia on the left, several smaller portraits of her throughout her life stages, and various historical documents, including letters and newspaper clippings, which appear to be from the early 20th century.

Doña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira,
escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Librería Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44

o a través de correo@salvadmereina.org



1



2



3



4



5

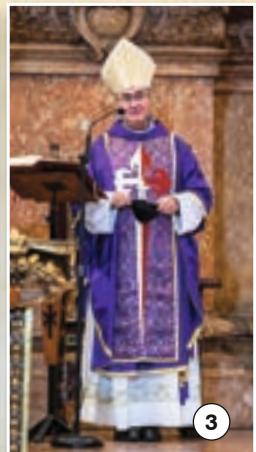
Fotos: José Cali / Ismael Fuentealba

Paraguay – Concurridos conciertos en honor del Niño Jesús fueron realizados en diversos templos del país, entre ellos el santuario de Nuestra Señora del Rosario, de Luque (foto 1), el del vicariato castrense (foto 2) y la parroquia del Inmaculado Corazón de María, de Encarnación. Asimismo, durante el período navideño una imagen del divino Infante recorrió las habitaciones del Instituto de Previsión Social (foto 3) y se distribuyeron regalos entre los niños enfermos del Hospital de Clínicas (foto 4) e igualmente en el Instituto de Previsión Social (foto 5).



Fotos: Amarus Valle

Nicaragua – Otro oratorio de María Reina de los Corazones empezó a circular en el territorio de la parroquia de San Pedro, diócesis de Juigalpa, uniéndose a los quince que ya recorren la región. El oratorio fue bendecido en una Misa presidida por Mons. Carlos Adán, párroco de San Pedro y vicario general de la diócesis.



Portugal – Para conmemorar el Nacimiento de Dios hecho hombre, los Heraldos organizaron Misa y conciertos en todo el país. Además de las ceremonias en Bragança y Guimarães noticiadas en la edición de febrero, hubo Celebraciones Eucarísticas en la basílica de Sameiro, Braga, presidida por el canónigo José Paulo Abreu (fotos 1 y 2); en la iglesia de la Trinidad, Oporto, presidida por el obispo diocesano, Mons. Manuel Linda (fotos 3 y 4); y en la parroquia de San Juan de Brito, Lisboa, presidida por el consejero de la Nunciatura Apostólica, Mons. Gian Luca Perici (foto 5).

Fotos: Nuno Moura



Guatemala – El día de Reyes, misioneros heraldos distribuyeron más de mil regalos entre los niños de la aldea San Luis Puerta Negra (derecha) y Residenciales San José, en la periferia de San José Pinula. Una semana después, otros 400 artículos, entre juguetes, ropa, alimentos y material escolar, fueron repartidos en la aldea El Platanar (izquierda).

Fotos: Gustavo Ponce



Fotos: Bruno Ressende



Brasil – El 1 de enero de 2022, solemnidad de Santa María Madre de Dios, se celebró la devoción de los primeros sábados en la catedral metropolitana de Vitória. La Misa fue presidida por Mons. Geraldo Lyrio Rocha, arzobispo emérito de Mariana. Concelebraron el párroco de la catedral, el P. Renato Cristo Covre, y el P. Cristian Bitencourt, EP.



Fotos: María Letícia Cendón Finotti

Brasil – Las hermanas de la rama femenina de los Heraldos del Evangelio realizaron un concierto navideño en el Centro Educativo Pasionista María José, de la localidad de Piraquara, adonde llevaron una imagen del Niño Jesús. Al final del acto distribuyeron golosinas entre los niños.



Fotos: Esther Pinales

Brasil – Invitadas por el párroco de la iglesia de Santa Lucía, del municipio de Bragança Paulista, un conjunto musical compuesto por miembros de la rama femenina de los Heraldos del Evangelio realizó un concierto en honor del Niño Jesús, marcando intensamente a los presentes con las gracias navideñas.



1



2



3



4



5



6

España – Cerca de setenta fieles se consagraron a Jesús por las manos de María en la parroquia de Santa María de Gracia, Barcelona (fotos 5 y 6); y más de cien personas hicieron la misma consagración en la basílica de la Inmaculada Concepción, Madrid (fotos 1 a 4).



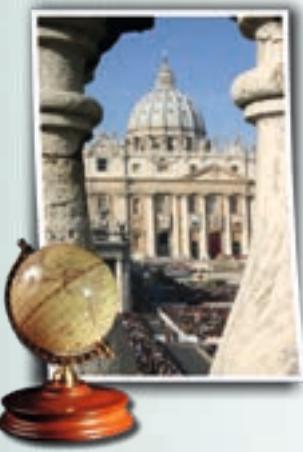
Ignacio Ferragut



Fotos: Eric Salas

Claudia Leon

España – Miembros y cooperadores de los Heraldos realizaron presentaciones musicales en honor del divino Infante en la parroquia de San Antonio María Claret, Cartagena (izquierda); en la basílica santuario del Sagrado Corazón de Jesús, Gijón (centro); en la parroquia de San Ginés, Madrid (derecha); y en otras iglesias en todo el país.



Sacerdote vietnamita es asesinado en el confesonario

Causó profunda consternación el brutal asesinato del sacerdote dominico de 41 años, el P. Joseph Tran Ngoc Thanh, de la localidad montañosa de Dak Mot, diócesis de Kon Tum, Vietnam, antes de la Misa vespertina del 29 de enero. Fue apuñalado en la iglesia local mientras atendía a un fiel en confesión.

«Esta es la muerte más grave de un sacerdote desde el final de la guerra», declaró la Orden de Predicadores en un comunicado. Vietnam está en la lista de los veinte países más inseguros del mundo para los cristianos.



Polonia celebra la Epifanía con la procesión de los Reyes Magos

El 6 de enero, fiesta de la Epifanía, se realizó la procesión de los Reyes Magos en 668 localidades de Polonia, desde grandes ciudades, como Varsovia y Cracovia, hasta pequeñas poblaciones. Esta tradición católica de origen español comenzó en el país eslavo en 2009, cuando la Fundación de la Procesión de los Tres Reyes organizó un modesto cortejo por las calles de la capital.

Precedido por una estrella y acompañado por numerosos fieles que iban

SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

cantando villancicos, el séquito de los Reyes continúa hasta la plaza central de cada ciudad, donde se encuentra un portal de belén con la Sagrada Familia. Allí los Magos rinden homenaje al Niño Jesús, seguidos por familias enteras que le hacen reverencia. En algunas localidades se forman cuatro procesiones, encabezadas por la Sagrada Familia o por uno de los Reyes Magos. Procedentes de parroquias diferentes, todos convergen en la plaza donde está el belén.

Durante la procesión, hay una esenificación hecha por grupos de niños vestidos de ángeles y demonios, que representan la lucha del bien contra el mal.

Se multiplica el rezo público del Rosario en Francia

Francia reza, así se llama un movimiento llevado a cabo por laicos católicos, cuyo objetivo es promover y multiplicar el rezo del Rosario en espacios públicos de esa nación europea.

La iniciativa, que nació en Austria en noviembre de 2021 y rápidamente se extendió por otros países, consiste en rezar el Rosario, solo o en grupo, delante de un calvario, crucero o imagen ubicados en sitios públicos, de preferencia a las seis de la tarde de los miércoles. Hasta principios de febrero más de 2300 Rosarios ya habían sido rezados en Francia.

Según informan los organizadores, esta iniciativa surgió para «confiar nuestro país, que actualmente atraviesa una de las crisis sociales más graves de su historia, a la protección de la Santísima Virgen e implorar que Ella venga en auxilio de sus habitantes».

Venta de libros religiosos crece en Brasil

Durante la pandemia de COVID-19, parece que los brasileños han redescubierto el hábito de la lectura... Así lo indican los datos divulgados por el Sindicato Nacional de Editores de Libros, que muestran un aumento del

29,3% en la venta de libros en el país en 2021. En total, se comercializaron más de 55 millones de libros a lo largo de ese año.

Según afirmó el presidente del sindicato, Dante Cid, los libros religiosos están entre los que obtuvieron ventas por encima del promedio de los demás géneros de lectura.

Bendecida la imagen del Santo Niño de Atocha

El día de Navidad, fiesta patronal del santuario de Plateros, fue bendecida la monumental imagen del Santo Niño de Atocha, de 7,1 metros de altura, levantada en el cerro de la Santa Cruz, del municipio mexicano de Fresnillo. La bendición tuvo lugar después de la Celebración Eucarística presidida en el santuario por Mons. Sigifredo Noriega Barceló, obispo de Zacatecas, tras la cual el prelado y el alcalde de la ciudad se dirigieron a lo alto del cerro, donde esperaban numerosos fieles.

El terreno había estado ocupado anteriormente por la casa de máquinas de las minas explotadas en la región y, en la década de 1970, se erigió allí una capilla al Santo Niño de Atocha. Desde entonces los habitantes de los alrededores empezaron a recurrir al divino Infante implorando la salvación de muchos obreros que quedaban atrapados en las minas.

Imagen de la Virgen resiste a un incendio en Colorado

A finales del año pasado, el estado de Colorado (Estados Unidos), fue azotado por terribles incendios forestales que devastaron más de un millar de casas, obligando a cerca de 35 000 personas a abandonar sus residencias. La tragedia llegó a ser considerada la peor de ese género ocurrida en el estado.

En medio de ese escenario desolador, la archidiócesis de Denver compartió en las redes sociales la foto de una imagen de Nuestra Señora de las Gracias, de la ciudad de Louisville, que resistió en pie entre los restos de edifi-

caciones devoradas por el fuego. El hecho puede ser considerado una bella señal de la omnipotente intercesión de aquella que es Consuelo de los afligidos y la Madre de la Divina Gracia.



Gaudium Press

Grave sacrilegio contra la Sagrada Eucaristía en París

A mediados de enero, el P. Simon Fournier de Violet, coadjutor de la parroquia del Espíritu Santo, de París, denunció la profanación del Santísimo Sacramento ocurrida ante sus ojos en una Misa dominical.

El sacerdote contó que durante la distribución de la comunión un hombre extendió la mano para recibir la sagrada hostia, pero en vez de llevársela a la boca levantó la forma a la altura de su cara y la despedazó, antes de tirarla al suelo. «El acto, por tanto, fue pensado, premeditado. Tenía las manos un poco hinchadas, con algunas heridas, como las personas que consumen drogas o alcohol en exceso. Pero estaba plenamente consciente», afirmó el P. Fournier.

Habiendo recogido lo que pudo de las partículas, el sacerdote decidió llevar la hostia en la procesión de salida de la Misa. Días después se celebró en la parroquia una Eucaristía en reparación por la ofensa hecha a Dios. El P. Fournier recordó que profanar el cuerpo de Cristo es el sacrilegio más grave que se puede cometer, pues «el cuerpo de Cristo es el tesoro de la Iglesia».

Año Jubilar en honor de San Juan Diego Cuauhtlatoatzin

El arzobispo de Ciudad de México y cardenal primado del país, Mons. Carlos Aguiar Retes, decretó un Año Jubilar en honor de San Juan Diego, vidente y mensajero de Nuestra Señora de Guadalupe, por los veinte años de su canonización y cuatrocientos noventa años de las apariciones de la Santísima Virgen. El anuncio fue hecho el 9 de diciembre del año pasado, fiesta del santo, y el especial período de gracia se extenderá hasta la misma semana de este año.

Con las debidas disposiciones y condiciones, los fieles que acudieren a la parroquia de Santa María de Guadalupe en determinados días podrán beneficiarse de la indulgencia plenaria para sí o para los fieles difuntos. También podrán obtener indulgencia parcial los que realicen obras de piedad o de caridad organizadas por la misma parroquia.

Conviene recordar las condiciones establecidas por la Iglesia para la obtención de las indulgencias: confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice. Se requiere asimismo el rechazo a todo apego al pecado, incluso el venial.



Gaudium Press

Santuario profanado en Costa Rica

En continuidad con la actual ola mundial de vandalismo religioso, al día siguiente de la fiesta del Santo Cristo de Esquipulas, conmemorada el 15 de enero, un desconocido invadió su santuario nacional en Santa Cruz, Costa Rica, con la intención de robar el dinero de la colecta.

A pesar de los daños causados al templo, la imagen del Santo Cristo de Esquipulas no sufrió desperfectos, al quedar resguardada en un lugar seguro al acabar las actividades religiosas en la iglesia. No obstante, entre los objetos vandalizados está una urna en la cual la imagen es expuesta, que fue destruida y tirada al suelo.

GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscríbase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano

Marzo 2022 · Heraldos del Evangelio

45



Una deliciosa sopa... ¡de piedra!

La escena es pintoresca: en una plaza, seis soldados hambrientos sentados en torno a una olla que humea. Todos los transeúntes quieren participar de algún modo de la misteriosa cena.



Hna. Michelle Tzu Yin Su, EP

Terminada la guerra, unos soldados regresan a sus respectivos hogares, pero no en avión o a caballo, sino a pie. Al menos el trayecto no lo hacen solos... Seis valientes militares italianos se dirigen a su pueblo natal, llamado Castelmezzano. Sus nombres eran: Luigi, Corrado, Donato, Ettore, Rinaldo y Giacomo.

El recorrido es largo y, en consecuencia, agotador. Aun así, las relaciones entre ellos son muy cordiales, lo que aliviaba los sufrimientos de la posguerra y amenizaba el viaje.

Por la noche buscan algún hospedaje donde cobijarse por caridad. De no encontrarlo, tienen dos alternativas: seguir caminando madrugada adentro o dormir a la intemperie en cualquier rincón agreste.

Sin embargo, ése no era el único desafío diario: la comida también escasea. Almas pródigas les dan, a menudo, provisiones para unos días, pero cuando se acaban, se ven obligado a pedir nuevas donaciones. Y, por desgracia, no todas las personas son generosas...

Están atravesando una dura situación en esos momentos. Los alimentos, exiguos desde hace días, se les es-

tán terminando. Entonces deciden dispersarse por las calles de la ciudad adonde han llegado y recurrir a la liberalidad de sus habitantes.

Luigi entra en una panadería:

—Somos soldados que volvemos de la guerra. Desde hace semanas estamos viajando y todavía nos queda un largo camino por recorrer hasta llegar a nuestras casas. Queríamos pedirle a usted un poco de pan, para recobrar fuerzas.

El comerciante no ve el pedido con buenos ojos y le contesta:



Ilustraciones: Elizabeth Bonyan

«Hija, ¡qué haces?! ¿Te estás volviendo loca?»

—Todos tenemos dificultades. No es fácil en absoluto conseguir trigo. Por lo tanto, me es imposible darles nada... Lo siento mucho, pero de aquí no saldrá pan alguno para ustedes.

Ni siquiera insistir se puede, pues se nota que el panadero no quiere oír de hacer favores.

Corrado intenta conseguir algunos embutidos en una charcutería, si bien que el propietario enseguida le pone pegas:

—La carne está muy cara. La peseta ocasionada por los conflictos ¡ha contagiado incluso a los animales! Los que han quedado con salud son pocos y su precio se ha triplicado. No tengo medios de dar gratis lo que adquiero con tantos costes.

Donato, por su parte, se dirige a un mercadillo. El tenderete de verduras está bastante bien surtido. «Ciertamente que aquí me darán una espléndida donación», pensaba. Pero al hacerle el pedido a la verdulera, la mujer le replica:

—De ninguna manera! De mi negocio depende mi familia entera: padre, madre, esposo, hijos, hermanos, sobrinos, tíos, primos... ¡No puedo! Inténtelo con otra persona.

Ettore marcha hacia la plaza de abastos de la ciudad, con la esperanza de obtener fruta fresca. No obstante, nada más que se encuentra con algunas con mal aspecto y casi podridas.

«El que tiene hambre se vale hasta con esto...», reflexionaba consigo. «Pero ¿no será que habrá escondidas otras mejores?». Busca al dueño del puesto para salir de dudas y he aquí lo que escucha de él:

—¿Buena fruta?, claro que tengo. Aunque está guardada aparte para quienes pueden pagar más.

Ettore se enoja con la insensibilidad de aquel hombre egoísta y expresa su inconformidad:

—¡Pues quédese usted con sus frutas podridas!

Y se retira.

Rinaldo, un apasionado de los dulces, se acerca a una confitería para implorar algunos pasteles. «Seguro que endulzarán la amargura de nuestras batallas», imagina con optimismo. Entra, saluda a la chica del mostrador y le pide unas golosinas de regalo.

—Sí, se las puedo dar —responde con alegría.

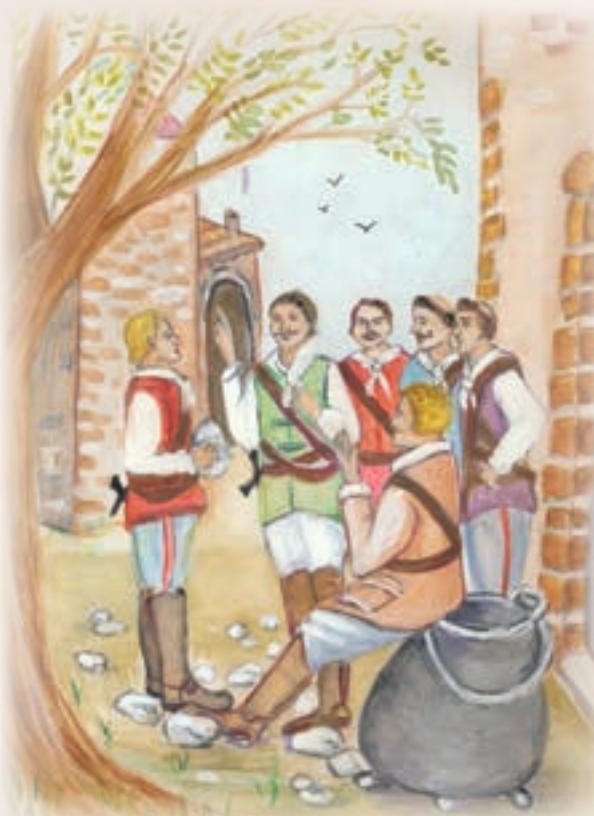
Pero los padres de la joven, propietarios de la tienda, de inmediato la reprenden:

—Hija, pero ¿qué haces?! ¿Te estás volviendo loca? —le grita airado su padre.

—¡Jamás! ¡Esos dulces no se pueden regalar! ¡Ponlos de nuevo en el estante! —vocifera la madre.

Entristecida, la adolescente le lanza una mirada de hastío al soldado y obedece sin rechistar...

Un poco más tarde, los amigos se reúnen en la plaza. Todos con las manos vacías y ¡muertos de hambre! Giacomo es el último en llegar. Se



«Tenemos agua, leña, fuego y... una piedra. ¡Empecemos ya!»

muestra especialmente insatisfecho y molesto.

—¿Vosotros tampoco habéis conseguido nada?

—Infelizmente, no... —le replican al unísono.

Entonces Giacomo prosigue:

—No es posible. La gente sólo piensa en sí misma... ¿Queréis saber una cosa? No nos vamos a quedar sin comida. ¡Hagamos una deliciosa sopa!

—¿Sopa de qué? —le preguntan—. Ni siquiera tenemos ni un grano de arroz para meterlo en la olla.

—Tenemos agua, leña, fuego y... ¡una piedra!

—¿Piedra?!

—Sí. Vamos a hacer una sopa de piedra. Empecemos ya.

Sus dotes de mando fuerzan a todos a obedecerle, aunque no entiendan mucho en qué consistirá tan «deliciosa» cena.

Cae la tarde. Concluida la jornada, campesinos y comerciantes regresan a sus hogares. La plaza donde Giaco-

mo y sus compañeros se encuentran es paso casi obligatorio para todos; y nadie deja de prestar atención en la pintoresca escena: seis soldados hambrientos alrededor de una olla de agua humeante.

El panadero, el charcutero, la verdulera, el frutero y los dueños de la confitería pasan también por allí. Curiosos, como los demás transeúntes, se acercan y les interrogan:

—¿Qué estáis cocinando?

—Sopa de piedra —responde uno de los soldados.

—¡De piedra?! ¿Y eso va a salir bien?

—Bueno... faltarían algunos ingredientes.

Intrigados, los comerciantes les preguntan:

—¿Qué ingredientes?

Cada cual recibe una respuesta adecuada a su posición: al panadero le dicen que una deliciosa sopa debe ir acompañada siempre de un buen pan; con el charcutero se enfatiza la ausencia de carne; a la verdulera se le hace ver que todo guiso de categoría incluye hortalizas selectas; y al dueño del mercado de abastos y a los padres de la joven les piden, respectivamente, frutas y dulces para el postre.

Todos corren inmediatamente a sus comercios y traen lo mejor de lo mejor para enriquecer la misteriosa cena. Y lo hacen con tal abundancia que el guiso no sólo satisface el hambre terrible de los seis soldados italianos, sino también la de los donantes, otros egoístas.

No nos engañemos: siempre es posible auxiliar de alguna manera a quien pasa necesidades. El que tiene buena voluntad, aunque atraviese momentos difíciles, acaba encontrando un medio de servir al prójimo. No ayuda, simplemente, el que no quiere. ♦

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Suitberto, obispo (†713).

Monje de Northumbria, fue compañero de San Willibrordo en la evangelización de los bátavos, frisios y otros pueblos germánicos. Ordenado obispo por San Wifrido, se convirtió en apóstol de Westfalia del Sur.

2. Miércoles de Ceniza.

Santa Inés de Praga, abadesa (†c. 1282). Hija del rey Otokar I de Bohemia, rechazó las peticiones de matrimonio de varios príncipes y se hizo religiosa en un monasterio fundado por ella bajo la Regla de Santa Clara.

3. Beato Jacobino de Canepaci, religioso (†1508).

Religioso (†1508). Hermano lego carmelita del monasterio de Vercelli, Italia.

4. San Casimiro, rey (†1484)

Grodno - Bielorrusia).

Beata María Luisa de Lamognon, viuda (†1825). Tras ser guillotinado su marido, fundó en Vannes, Francia, la Orden de las Hermanas de la Caridad de San Luis.

5. San Gerásimo, anacoreta (†475).

Convertido de la herejía a la verdadera fe por San Eutimio, fundó un monasterio junto al río Jordán, donde fue modelo de rigurosa observancia y admirable frugalidad para todos los que, bajo su dirección, se ejercitaban en la vida monástica.

6. I Domingo de Cuaresma.

Santa Coleta Boylet, virgen (†1447). Religiosa clarisa que condujo muchos monasterios de su Orden a la perfecta observancia de la Regla. Falleció en Gante, Bélgica.



Reproducción

La Anunciación, por los hermanos Limboult
«Les Très Riches Heures du Duc de Berry»,
castillo de Chantilly (Francia)

7. Santas Perpetua y Felicidad, mártires (†203 Cartago - Túnez).

San Simeón Berneux, obispo y mártir (†1866). Misionero francés nombrado vicario apostólico en Corea. Fue decapitado tras sufrir horribles tormentos.

8. San Juan de Dios, religioso (†1550 Granada - España).

San Poncio de Cartago, diácono (†s. III). Compañero de San Cipriano en el destierro, legó un valioso relato de su vida y su martirio.

9. Santa Francisca Romana, religiosa (†1440 Roma).

Santa Catalina de Bolonia, virgen (†1463). Religiosa de la Orden de Santa Clara. Ilustre en las artes liberales, pero más aún ilustre por sus dones místicos y por las virtudes de la penitencia y de

la humildad, fue guía de vírgenes consagradas.

10. San Juan Ogilvie, presbítero y mártir (†1615).

Después de estudiar en Lovaina, Bélgica, e ingresar en la Compañía de Jesús, regresó clandestinamente a su Escocia natal para ejercer su ministerio. Encontrándose en Londres, fue preso y torturado durante cuatro meses, antes de obtener la palma del martirio.

11. San Sofronio, obispo (†639).

Monje de Palestina, elegido Patriarca de Jerusalén. Combatió la herejía monotelita y compuso himnos y cantos de extraordinaria belleza.

12. Beata Justina Francucci Bezzoli, virgen (†1319).

Religiosa benedictina destacada en la práctica de austeras penitencias. Su cuerpo se encuentra incorrupto en el monasterio del Espíritu Santo en Arezzo, Italia.

13. II Domingo de Cuaresma.

Santa Cristina de Persia, mártir (†559). Murió azotada con varas, en el reinado de Cosroas I, rey de los persas.

14. Beato Jacobo Cusmano, presbítero (†1888).

Fundó el Instituto Misionero de los Siervos y de las Siervas de los Pobres.

15. Santa Leocricia, virgen y mártir (†859).

Descendiente de una adinerada familia musulmana de Córdoba, España, abrazó la fe de Cristo y por eso fue presa y degollada.

16. Santo Heriberto, obispo (†1021).

Fue canciller del emperador Otón III de Alemania antes de ser nombrado arzobispo de Colonia. Fundó la abadía benedictina de Deutz.

17. San Patricio, obispo (†461 Down - Irlanda).

Santa Gertrudis, abadesa (†659). De origen noble, hizo los votos en el monasterio de Nivelles, Bélgica, donde vivió entre ayunos y vigilias, destacándose como asidua lectora de la Sagrada Escritura.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 387 Jerusalén).

San Eduardo II, rey (†978). Bautizado por San Dunstano, gobernó sabiamente Inglaterra bajo la orientación de este santo. Fue asesinado en una conspiración contra el trono.

19. Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María y patrón de la Iglesia.

Beato Andrés Gallerani, laico (†1251). Con recursos propios fundó el Hospital de la Misericordia, donde congregó a otros jóvenes que querían entregarse a la práctica de la caridad.

20. III Domingo de Cuaresma.

Santa María Josefa del Sagrado Corazón de Jesús, virgen (†1912). Fundadora de la Congregación de las Siervas de Jesús de la Caridad, en Bilbao, España.

21. San Lupicino, abad (†480).

Dio impulso a la vida monástica en el Jura francés, junto con su hermano, San Romano.

22. Santa Lea, viuda (†c. 383).

Al fallecer su esposo, ingresó en una comunidad femenina en la cual todas vivían en pobreza y castidad, dedicadas a la oración y al estudio de las Escrituras.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (†1606 Saña - Perú).

Beata Anunciata Cocchetti, virgen (†1882). Fundó en Cemmo, Italia, el Instituto de las Hermanas de Santa Dorotea. Murió con 82 años, habiendo dedicado su larga vida a la instrucción y educación de muchachas pobres.

24. Santa Catalina de Suecia, virgen (†1381). Hija de Santa Brígida. Se casó con un noble sueco y ambos hicieron voto de vivir en perfecta castidad. Con 40 años ingresó en el monasterio de Vadstena, del que fue elegida abadesa.

25. Solemnidad de la Anunciación del Señor.

Santa Lucía Filippini, virgen (†1732). Aún muy joven, se dedicó con ardor al apostolado catequético. Fundó en Montefiascone,

Italia, el Instituto de las Maestras Pías, para la formación cristiana de niñas y mujeres pobres.

26. San Eutiquio, mártir (†356).

Subdiácono en Alejandría, murió en defensa de la fe, durante el gobierno del emperador Constancio.

27. IV Domingo de Cuaresma, también llamado Domingo «Lætare».

Beato Francisco Faà di Bruno, presbítero (†1888). Arquitecto, oficial del Ejército y consejero de la Casa Real de Saboya, renunció a todo, se hizo sacerdote y se dedicó a las obras de caridad. Fundó el Instituto de las Hermanas Mínimas de Nuestra Señora del Sufragio.

28. San Conón, monje (†1236). Hijo del gobernador de Naso, Sicilia, se hizo monje basiliano. Cuando sus padres fallecieron, distribuyó entre los pobres el rico patrimonio heredado y abrazó la vida anacoreta.

29. San Ludolfo, obispo y mártir (†1250). Canónigo premonstratense, elegido obispo de Ratzeburg, Alemania. Fue preso por defender la libertad de la Iglesia y murió debido a los maltratos recibidos en la cárcel.

30. Beato Amadeo IX, duque de Saboya (†1472). Gobernó su ducado favoreciendo siempre la paz y dio un celoso apoyo a la causa de los pobres, viudas y huérfanos.

31. Beata Juana, virgen (†s. XIV-XV). Dama de noble estirpe, conoció a San Simón Stock, en Toulouse, Francia, y fue recibida por él como terciaria en la Orden Carmelita. Es venerada como cofundadora de la Tercera Orden Carmelita.



Santa Gertrudis - Libro de las Horas del cardenal Albrecht de Brandemburgo, Museo de Arte Carnegie, Pittsburgh (EE. UU.)



Sergio Miyazaki

Polvo, ceniza y nada

Tres sencillas palabras, grabadas en una lápida romana, nos invitan a considerar de frente y con humildad nuestra existencia en este mundo y a depositar nuestra esperanza en la gloria futura.

P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



Quien pasea por las sinuosas callejuelas de Roma a veces tiene la impresión de estar visitando una necrópolis. En el antiguo Campo de Marte, por ejemplo, destaca el imponente mausoleo de Augusto, que conserva los restos de la dinastía julio-claudiana. Más allá de las murallas romanas se encuentran las catacumbas, pobladas de reliquias de mártires. En las iglesias, tumbas de Papas, cardenales y diversos clérigos disputan el espacio con las imágenes sagradas.

Una característica concorde en los epitafios, sea de patricios, sea de eclesiásticos, es la exposición de su linaje, sus funciones y honorificencias, así como la fecha de fallecimiento. Esta antigua forma de obituario podía variar mucho en dimensiones, dependiendo de la fama —real o supuesta— del difunto.

No obstante, en contraste con los frecuentados cafés de la Vía Veneto, despunta la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de los Capuchinos. Allí se puede visitar la impactante cripta de la Orden, donde se conservan las osamentas de más de 4000 religio-

sos. Su común epitafio está estampado en la famosa frase que da la «bienvenida» al visitante: «Fui quien tú eres; tú serás lo que yo soy» (cf. Eclo 38, 23). Cada uno de nosotros es, de hecho, un «cadáver aplazado»...¹

En la nave del templo, frente al altar mayor, está enterrado el cardenal Antonio Barberini, OFM Cap. En su lápida, sin embargo, no están grabadas las numerosas funciones que ejerció en la curia romana, ni los títulos nobiliarios de su influyente familia. En realidad, eligió el más universal de los epitafios: «*Hic iacet pulvis, cinis et nihil*» — Aquí yace polvo, ceniza y nada. Aún así, hasta este mensaje es efímero, pues, como advierte Ausonio, «los monumentos se deterioran y la muerte también les llega a los mármoles y a los nombres».²

La inscripción está inspirada en la exhortación litúrgica propia al Miércoles de Ceniza: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás» (cf. Gén 3, 19). De hecho, los vivos son polvo tanto como los muertos. Dirá el P. Antonio Vieira que los primeros son polvo levantado; los últimos, polvo caído. Unos, polvo que anda; otros,

polvo que yace. La vida es un soplo y la muerte tan sólo el instante entre esos dos géneros de polvo...

Además, somos y seremos ceniza. No solamente como residuo material, sino también como color que lleva ese nombre. Ceniza en esta vida, porque nuestra existencia a menudo está cubierta por nubes plomizas. Ceniza porque nuestros cabellos se vuelven de color gris, como muestra de que no viviremos para siempre.

Ceniza seremos, pues la muerte nos despoja de todos los colores. A siete palmos de la tierra, ya no se distinguirá la púrpura cardenalicia del blanco de la sotana pontificia. Ya no existirá el colorido de las insignias políticas, militares o nobiliarias. Todo será ceniza... los gusanos no hacen aceptación de personas.

Finalmente, somos y seremos nada. Como enseña San Juan de la Cruz,³ toda criatura comparada con Dios es nada. Toda belleza, gracia, bondad y sabiduría de este mundo son vacuas cuando se las iguala con los atributos de la divinidad. La libertad del mundo es esclavitud; sus deleites, tormentos; sus riquezas y gloria son suma pobre-

za y miseria, cuando se las coteja con la divina sublimidad. Tampoco nos llevamos nada de esta vida, a no ser la vida que llevamos... Todo pasa en esta vida, pero nada pasa en las cuentas a rendir.

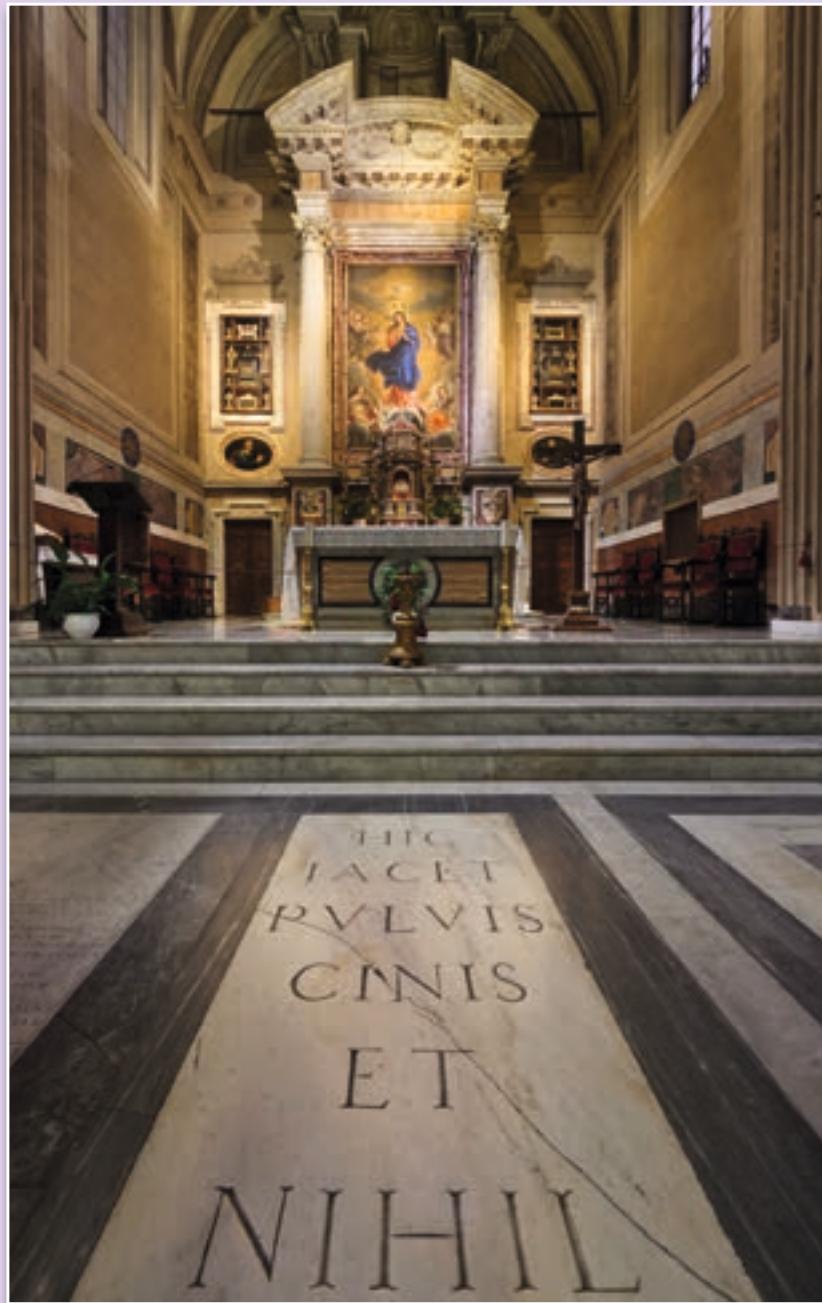
En este sentido, el epitafio del purpurado italiano no nos invita al nihilismo, sino a la humildad. De hecho, es significativo que el vocablo *humildad* se origine del latín *humus* —tierra—, que, por su parte, también engendra la palabra *hombre*. Efectivamente, el hombre fue formado de la tierra (cf. Gén 2, 7) y a ella regresará.

Pero ese no es su final. San Pablo enseña que, si morimos en Cristo, en Él resucitaremos (cf. Rom 6, 8). Por lo tanto, cuando suene la trompeta y los muertos resuciten incorruptibles (cf. 1 Cor 15, 52), se podrá proclamar de modo inverso: «Acuédate, oh polvo, que volverás a ser hombre. Acuédate, oh ceniza, que retomarás la colorida gama de dones que perdiste en el paraíso. Acuédate, en fin, oh nada, que serás todo, siempre que estés unida al Todopoderoso». ♦

¹ PESSOA, Fernando. *Mensagem*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998, p. 37.

² AUSONIO. Epigrammata, n.º 37, 9-10. In: GREEN, R. P. H. (Ed.). *The Works of Ausonius*. Oxford: Clarendon, 1991, p. 76.

³ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ. Subida del Monte Carmelo. L. I, c. 4, n.º 3-8. In: *Obras completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2005, pp. 264-266.



Paolo Romiti / Alamy Foto de stock



Nave central de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de los Capuchinos, Roma, con la lápida del cardenal Antonio Barberini en primer plano; al lado, cripta de la misma iglesia. En la página anterior, imposición de la ceniza durante una Misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



Garantía del triunfo de la Iglesia

La intervención de San José se vuelve cada vez más urgente, pues se cabe a él restaurar en su esplendor la santidad en la Iglesia y en la sociedad. Si él es el verdadero defensor de la Esposa de Cristo, ¿cómo no esperar su auxilio tanto más decisivo cuanto más necesario?

Confiemos en su paternal provisión y omnipotente intercesión a favor del Cuerpo Místico de su Hijo Jesús. Su amorosa protección es también una auténtica garantía del triunfo final de la Santa Iglesia, anunciado por el profeta: «Alegrémonos y gocemos y démosle gracias. Llegó la boda del Cordero, su Esposa se ha embellecido».

Mons. João Scognamiglio
Clá Dias, EP